50 ANIVERSARIO

PERIOLIBROS



JOSÉ DONOSO

NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA

Ilustraciones: Raúl Lara

Página/12





Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

BANCO **I**NTERAMERICANO
DE **D**ESARROLLO

◆

FUNDACIÓN DE **I**NVESTIGACIONES **S**OCIALES **A.C.**

◆

IBERIA

◆

BANCO **S**ANTANDER

◆

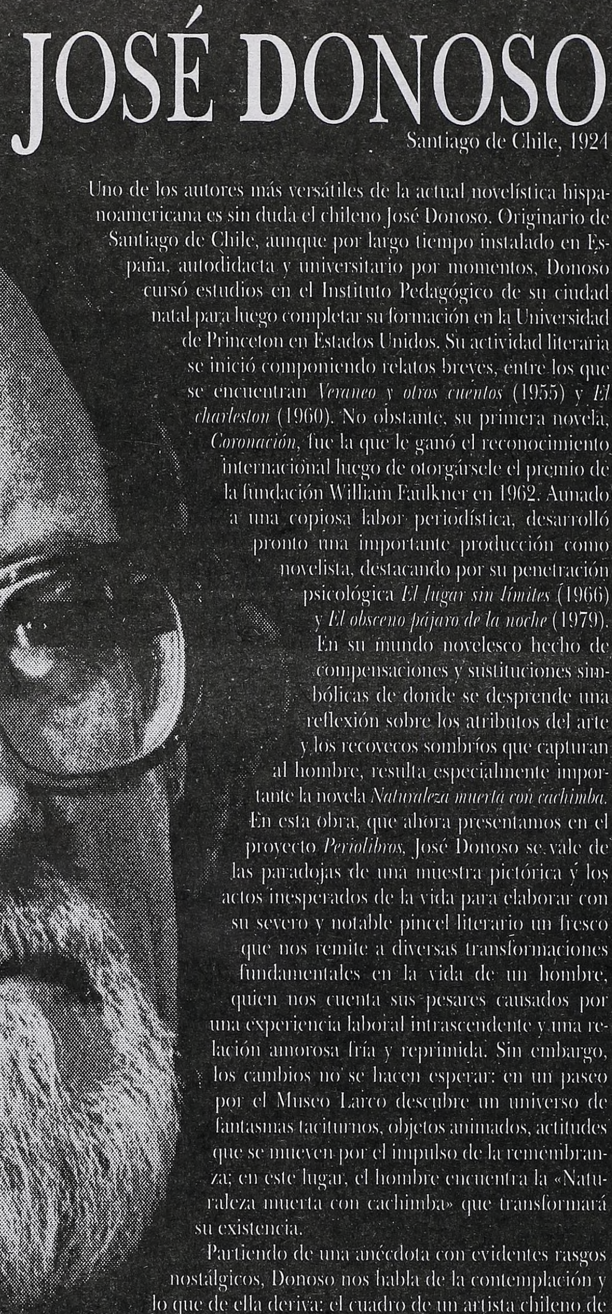
BACARDÍ Y **C**ÍA. **S.A.** DE **C**.V.

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

JOSÉ DONOSO

Santiago de Chile, 1924

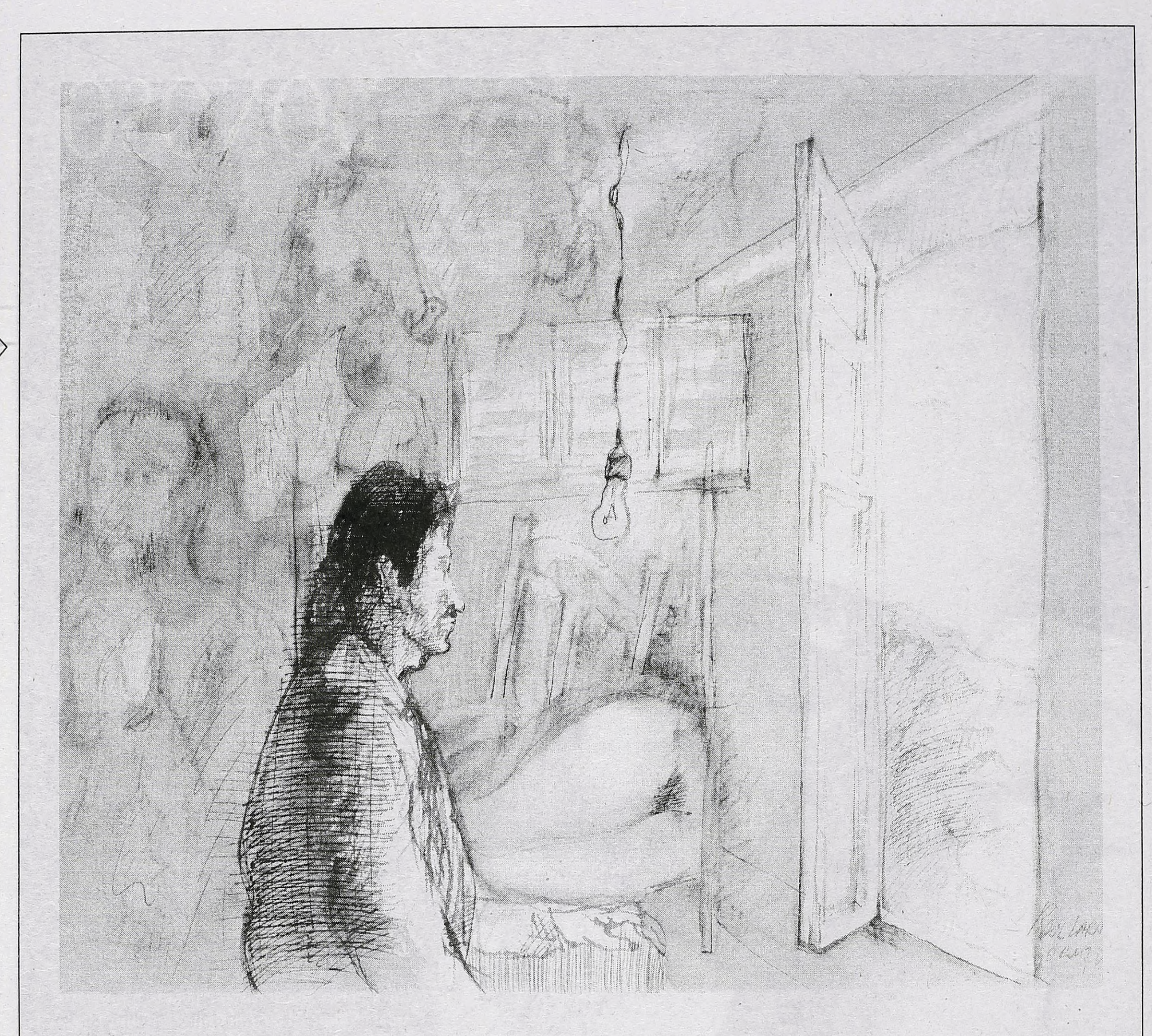


Uno de los autores más versátiles de la actual novelística hispanoamericana es sin duda el chileno José Donoso. Originario de Santiago de Chile, aunque por largo tiempo instalado en España, autodidacta y universitario por momentos, Donoso cursó estudios en el Instituto Pedagógico de su ciudad natal para luego completar su formación en la Universidad de Princeton en Estados Unidos. Su actividad literaria se inició componiendo relatos breves, entre los que se encuentran *Veraneo y otros cuentos* (1955) y *El charleston* (1960). No obstante, su primera novela, *Coronación*, fue la que le ganó el reconocimiento internacional luego de otorgársele el premio de la fundación William Faulkner en 1962. Aunado a una copiosa labor periodística, desarrolló pronto una importante producción como novelista, destacando por su penetración psicológica *El lugar sin límites* (1966) y *El obsceno pájaro de la noche* (1979). En su mundo novelesco hecho de compensaciones y sustituciones simbólicas de donde se desprende una reflexión sobre los atributos del arte y los recovecos sombríos que capturan al hombre, resulta especialmente importante la novela *Naturaleza muerta con cachimba.* En esta obra, que ahora presentamos en el proyecto *Periolibros*, José Donoso se vale de las paradojas de una muestra pictórica y los actos inesperados de la vida para elaborar con su severo y notable pincel literario un fresco que nos remite a diversas transformaciones fundamentales en la vida de un hombre, quien nos cuenta sus pesares causados por una experiencia laboral intrascendente y una relación amorosa fría y reprimida. Sin embargo, los cambios no se hacen esperar: en un paseo por el Museo Larco descubre un universo de fantasmas taciturnos, objetos animados, actitudes que se mueven por el impulso de la remembranza; en este lugar, el hombre encuentra la «Naturaleza muerta con cachimba» que transformará su existencia.

Partiendo de una anécdota con evidentes rasgos nostálgicos, Donoso nos habla de la contemplación y lo que de ella deriva: el cuadro de un artista chileno de la época del Montparnasse cubista que puede transformar la visión del mundo de un individuo, que lo conduce míticamente a una estancia libre en el ámbito de las cosas sencillas; que ilumina –con el consejo del artista– el rumbo de su lento y agotado camino. Lejos de una conversión fantástica, la historia propone una captura de la conciencia auténtica, real. El autor de *Coronación*, con la maestría narrativa que lo caracteriza, atrapa a los lectores con un relato frontal, sin concesiones ni complejidades formales; la ruptura del personaje con el contexto social intrascendente lo encamina a dos vertientes de fortaleza: la posesión del enigmático cuadro y la otra vida donde el arte calma nuestro desasosiego y nutre nuestra leve dicha. Con este historial se descubren elementos insospechados de la conducta humana, brillante virtud en la búsqueda literaria de Donoso.

RAÚL LARA

Destacado pintor boliviano y profesor de arte, Raúl Lara nace en 1940 en el centro minero de San José, Oruro. Estudia en Buenos Aires en la Escuela Superior de Bellas Artes "Ernesto de la Cárcoba" y en los talleres de Castagnino y Urruchua. Ha obtenido diversos reconocimientos, entre los que figuran el Primer Premio de Pintura del Concuso: "Bicentenario del nacimiento del libertador Simón Bolivar" y otras distinciones internacionales.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario (el "Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Director de la UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

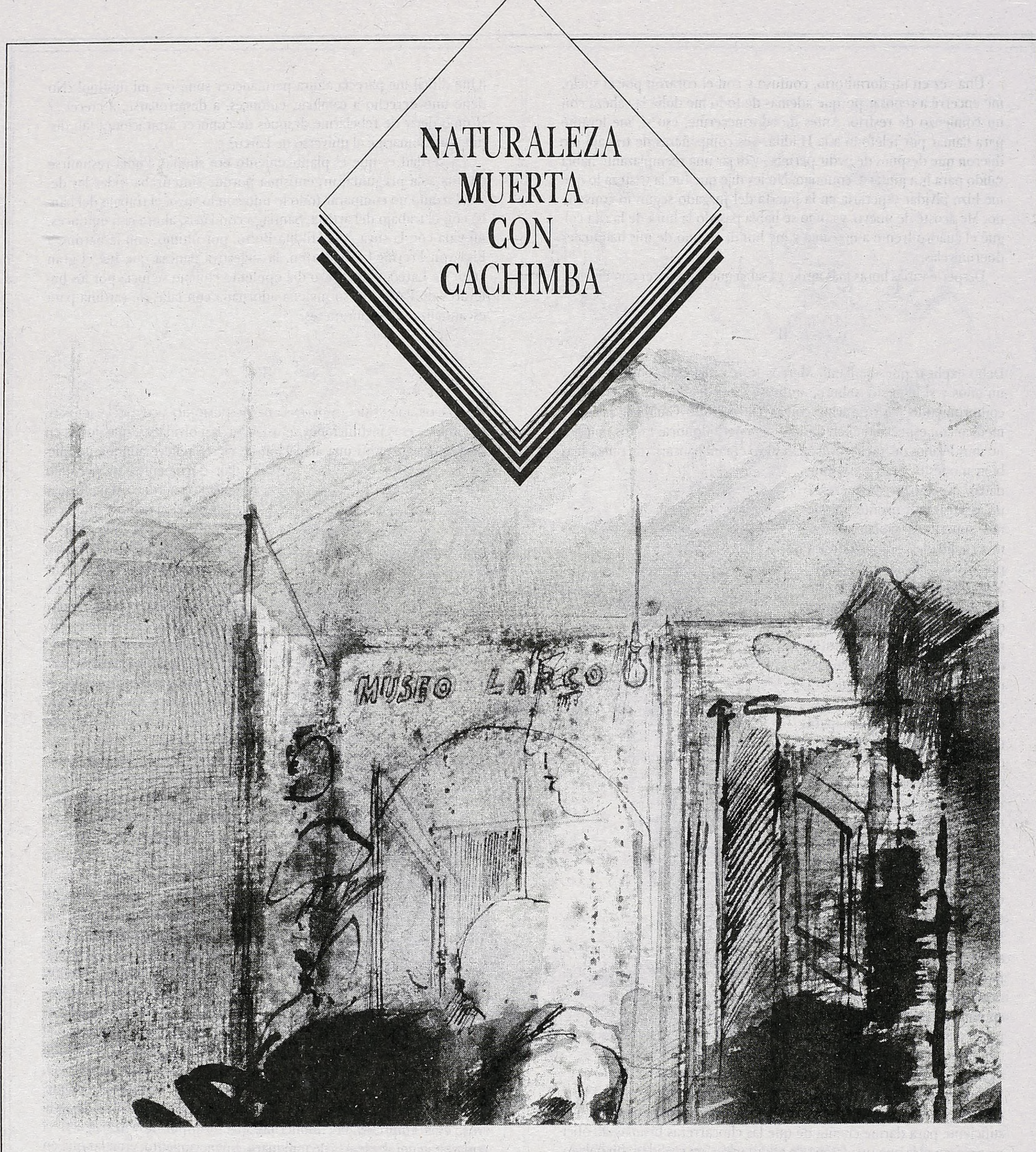
Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **Vista,** Estados Unidos; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **El Sol,** Perú; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay.
Periolibros: Apartado Postal 105-133, Col. Anzures, C.P. 11591, México, D.F.

PERIOLIBRO No. 50
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Noviembre de 1996

NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA



Para Carmen Borrowman y Fernando Balmaceda

I

Después del brevísimo acto judicial que disolvió nuestra CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL, quedé seriamente deprimido. Acusado por los socios de utilizar para mi beneficio esta organización que desde mucho antes de afiliarme a ella estaba planteada como ajena a todo fin de lucro, mi decisión de retirarme dejándola acéfala provocó la necesidad de cerrar sus puertas en forma definitiva porque, la verdad sea dicha, yo era el único socio realmente activo que iba quedando. A pesar de la enojosa situación producida en torno a mi persona, como mi cargo era de Secretario Ejecutivo, me tocó hacer entrega de las llaves al Juez, amén de poner a su disposición nuestro escaso peculio y todos nuestros enseres.

Antes de asistir a la convocatoria hice varios llamados para inducir a los socios a que me demandaran, para poder defenderme públicamente y así abandonar la CORPORACIÓN, el banco y Santiago con mi nombre limpio. No definí este propósito, pero claro, todos olieron una situación dramática al atender a mi exhorto telefónico y se excusaron de acompañarme al acto: la Eglantina rehusó asistir al «sepelio» de algo por lo cual –usando su terminología grandilocuente de actriz retirada– ella se «había jugado entera», lo que no es verdad. Don Artemio estaba en cama según me dijo esa mujercita con la que vive y hace pasar por su segunda esposa: me mandó recado de que se sentía mal, evidentemente un subterfugio para no asistir al careo, ya que por su avanzada edad –tiene suficientes años como para recordar a Larco en todo su esplendor de dandy legendario paseándose por las calles del centro, de regreso de París o de un safari–, el finiquito le causaría mayor desconsuelo que al resto de nuestro menguado grupo. Misiá Elena Granja partía esa misma tarde a las Termas de Panimávida con una sobrina de la que jamás nos había hablado, para comer bien, descansar y reponerse, tan desazonante le resultó nuestra crisis. Y así todos. Me sentí abandonado porque me di cuenta de que a nadie le importaba nuestra CORPORACIÓN, y tampoco el arte, ni Larco, y menos que nada mi destino personal. No llamé a nadie más. ¿Para qué...?

Me apersoné solo en el Juzgado para terminar el asunto de una vez y para siempre, y olvidarme de la CORPORACIÓN.

Después de la ceremonia, al salir con nuestro LIBRO DE ACTAS bajo el brazo –«¿Para qué me voy a quedar con este mamotreto inútil?» me preguntó el Juez al entregármelo– regresé a mi pieza cruzando el parque, donde alguna hoja titubeaba un instante en el aire antes de caer. Crucé el río hacia el norte por el puente de Recoleta. No pude contener un impulso melodramático y lancé al Mapocho nuestro periclitado LIBRO DE ACTAS, mi memorial de tantos meses de desvelo. Lo vi navegar un corto trecho manoteando como un suicida, pero muy pronto desapareció en las aguas contaminadas por todas las cloacas de nuestra Babilonia.

Una vez en mi dormitorio, confuso y con el corazón por el suelo, me encerré a reposar porque además de todo me dolía la cabeza con un comienzo de resfrío. Antes de adormecerme, eso sí, me levanté para llamar por teléfono a la Hildita. Sus compañeras de trabajo me dijeron que después de pedir permiso y dejar una reemplazante había salido para ir a juntarse conmigo. No les dije que fue la tristeza lo que me hizo olvidar esperarla en la puerta del Juzgado según lo convenido. Me acosté de nuevo, y como se había pasado la hora de la cita colgué el cuadro frente a mi cama y me hundí en uno de mis habituales duermevelas.

Desperté varias horas más tarde: ya sabía qué iba a hacer con mi vida.

II

Debo explicar que me llamo Marcos Ruiz Gallardo. Tengo treinta y un años y si bien soy soltero, antes de estos acontecimientos estaba comprometido para casarme con la Hilda Botto Gamboa, asistente médico con especialidad en odontología periodóntica. En los tiempos no muy lejanos de que estoy hablando yo era un bancario de rango más bien modesto, pero tenía fundadas esperanzas de merecer un ascenso muy pronto, ya que mis superiores sabían valorar mis cualidades, sobre todo mi pulcritud y mi cumplimiento. Mis compañeros de trabajo solían mofarse de estos atributos de mi personalidad llamándome «el viejito Ruiz» –atributos que me hicieron merecer el cargo de secretario de nuestra CORPORACIÓN, área de mi existencia incomprensible para ellos–, ya que les parecía poco moderna mi discreta indumentaria y afectada mi dicción, de la que admito ser extremadamente cuidadoso. No dejaba de sentir en el trato de mis colegas cierto ingrediente de envidia por este perfeccionismo que me caracteriza: es fruto de más de dos años de estudios de Derecho, que me vi en la necesidad de suspender a raíz de la muerte de mis padres en un accidente de micro en la cordillera, en viaje de paseo a Mendoza y para comer bifes baratos y comprar suéters. Después, la experiencia me ha hecho confirmar lo que decía Larco: que la envidia es un tributo de la mediocridad al genio. Ahora tengo distancia suficiente para darme cuenta de que las chocarreras bromas de oficina no eran más que una forma de admiración, en realidad, un halago.



Se comprende que mis compañeros de oficina sintieran envidia de una persona de mayor cultura como yo. De algún modo deben haber adivinado que estas características mías tan poco comunes en nuestro ambiente me asegurarían rápidos ascensos. Formalizaría, entonces, mis relaciones con la Hildita, honor que su padre, cajero jubilado de este mismo banco donde le habrán suministrado informes sobre mi persona ya que mantiene buenas relaciones con sus antiguos jefes, estaba dispuesto a concederme: nadie tan capaz como él de apreciar mis cualidades de honradez y decoro.

¿Qué pensará ahora? Hace meses que no hablamos. Prefiero no pensar en la opinión que ahora tendrá de mí.

Se me nubló la vista y se me aceleró el pulso al pensar en esto después de desembarazarme de todo, hasta de nuestro LIBRO DE ACTAS. Traté de reunir fuerzas para levantarme y telefonear a la Hildita otra vez, muchas veces, hasta hablar con ella y rogarle que comprendiera por qué me sentía tan ofendido y desilusionado. ¿Quién mejor que ella, al fin y al cabo, si ella vivió gran parte de estas experiencias conmigo? Pero un peso muerto me impedía levantarme. La verdad es que paralelamente a mi necesidad, sentía un gran rechazo por el compromiso que otrora adquirí con el corazón henchido de amor, de unir mi destino al suyo. ¿Cómo había llegado a amarrarme así...? ¿Cómo liberarme? La verdad es que había mamado –como vulgarmente se dice– la caballerosidad en la cuna, y el ejemplo de mi padre, que aunque de posición modesta era todo un caballero, siempre guió mis pasos. ¡Qué difícil me parecía ahora permanecer sumiso a mi destino! ¿No tiene uno derecho a cambiar, entonces, a desarrollarse, a crecer...? ¿Cómo dejar de rebelarme después de conocer aspiraciones tan distintas al asomarme al universo de Larco?

La verdad es que el planteamiento era simple. Podía resumirse en una sola pregunta, urgentísima porque sintetizaba todas las demás: ¿cómo no comparar todo lo mío con lo suyo, el trabajo del banco con el trabajo del artista, Santiago con París, ahora con entonces, mi vida con la suya, a la Hildita Botto, por último, con la baronesa Elsa von Freytag-Loringhoven, la sugestiva danesa que fue el gran amor de Larco, y del brazo del opulento chileno se lucía por los bulevares de París con su melena adornada con latas de sardina para escandalizar a los burgueses?

III

LA CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL era una de esas instituciones vetustas, ya casi olvidadas, que quizás en otra época tuvieron una actuación de cierto relieve aunque no quedan documentos ni personas que lo recuerden. Al no formar una tradición cultural propia ni identificarse con una clase o una pasión política o social, hoy no calza en la vida contemporánea y quizás no calzó nunca. Inmediatamente que la CORPORACIÓN cayó en mis manos –los socios sobrevivientes apenas se acordaban de la CORPORACIÓN, así es que a nadie le extrañó ver a un hombre que comparado con ellos era sólo un chiquillo colocándose a la cabeza y cobrando cuotas–, intenté conseguir publicidad gratuita y nuevos miembros para nuestras ralas filas, que en el momento del cobro se redujeron a ocho socios. Hacía decenios que la prensa no publicaba ni una sola línea sobre nuestro grupo. Ningún socio recordaba cuáles fueron las últimas actividades de la CORPORACIÓN ni se interesaba por organizar nuevos proyectos. ¿Cómo se iban a interesar si tampoco eran sensibles a los peligros que acechaban a nuestro rico patrimonio artístico? Abrir autopistas y avenidas, en cambio, construir ostentosos inmuebles de renta, habilitar canchas de estacionamiento y clubes deportivos, esas empresas tan modernas que hoy por hoy consiguen el aplauso general además de millonario financiamiento, eran las que en el fondo alistaban el entusiasmo de nuestros socios. Así, la cruel picota de la plusvalía tumbó sin compasión nuestras iglesitas de adobe y casonas tradicionales, derribando los orgullosos palacios de nuestra aristocracia que en algunos afortunados casos aún agracian barrios que conocieron tiempos mejores: pero nuestros socios jamás se pronunciaron en defensa de nada. No comprendo por qué se hicieron socios en primer lugar. Y menos, por qué siguieron siéndolo.

La Hildita estudió un año de periodismo antes que su ortografía la delatara como irremediablemente disléxica. A raíz de ese desengaño tuvo que optar por otra carrera, una carrera que en buenas cuentas es mucho más moderna. Con el fin de ayudarme en mis esfuerzos por revitalizar nuestra CORPORACIÓN, desempolvó de no sé dónde a un compañero de aquellos lejanos tiempos, ahora reportero de un diario de la tarde, y lo convenció de que hiciera una nota –muy breve, es cierto, y me sentí un poco incómodo porque apareció en la «Sección Espectáculos»– sobre nuestro grupo.

Mejor no acordarme de los esfuerzos que me costó reunir y mantener la coherencia de ese puñado de ancianos brotados quién sabe de dónde a la voz de que se iba a tomar una fotografía. ¡Las toses y las corrientes de aire, los olvidos y los cambios de hora, las discusiones sobre ininteligibles derechos de precedencia y sobre fechas remotas! Quedaron furiosos al no reconocer sus caras hechas como de puntitos en la fotografía de grupo que apareció en el diario, todas iguales, todas blancas y planas, con la identidad y el sexo borrados, sus ojos nu-



los corpo en las mascarillas de muerto. Premunido de este recorte visité a varias personas privadas y públicas a las que conseguí acceso, con el fin de solicitar una pequeña cooperación. Coseché más consideraciones chistosas que dinero, apenas suficiente, en total, para mis gastos de locomoción de un extremo de la ciudad a otro. Sin embargo, con cheques a fecha girados sobre el ínfimo peculio que logré reunir y sobre cuotas futuras, alquilé un local que la Hildita y yo amoblamos con los desechos de los soberados de algunos socios: sofás de crin con resortes que rompían el tapiz, una mesa con la cubierta áspera de pintura mal raspada y un escuadrón de sillas misceláneas con un brazo colgando o el respaldo endeble.

En lo que sí gasté fue en mandar a hacer timbres de goma y papel con membrete, cosas que yo, puesto que tengo inclinaciones artísticas –que posteriormente hicieron que me señalaran con el dedo de la ignominia– diseñé con el mayor cuidado: dos angelotes sosteniendo un espejo de aparatoso marco que encierra el nombre de nuestra CORPORACIÓN. Debo confesar que me quedé con el sobrante de la resma que encargué, y que les escatimaba papel a los socios. Cuando me sienta con fuerza iré a tirar esos papeles al mar desde las rocas del Suspiro.

Interesar a los Socios en la manufactura de un proyecto de actividades futuras fue una tarea muy pesada. Y no sin razón porque nuestra sociedad, tal como estaba planteada antes de que pasara a mis manos tenía poco que ofrecerles. Carecía de un programa de conferencias, paseos, trabajos, estudios, lecturas, visitas y diaporamas (que ahora se usan tanto). ¿Cómo hacer conscientes a los socios de la alta misión de nuestro grupo, cómo interesarlos aunque no fuera más que planteándoles todo el asunto como un pasatiempo culto? ¿Cómo alertar hacia nosotros los medios de comunicación si lo que ofrecíamos no pasaban de ser visitas a desmantelados museos, cosa que cualquiera podía emprender por su cuenta en caso que de veras lo deseara?

Alguien recordó que alguna vez se habló de «tours» guiados a los palacios de la gran aristocracia santiaguina, en la Alameda y en la calle Dieciocho. Pero hasta socios que presumían de vagos parentescos con esas familias fracasaron en sus tentativas de conseguir permiso. Esa iniciativa, por otra parte, databa de cuando los dueños mismos las habitaban, no de ahora, que están convertidos en sórdidos juzgados o en oficinas de carácter sospechosamente incierto, como la oficina que nosotros ocupábamos en el segundo piso, interior, de una casa en la calle Vidaurre.

Al cruzar el parque para acudir a reunirme con la Hildita sentí que mis piernas se negaban a seguir llevándome. ¿Por qué no huir, sí, huir ahora mismo en vez de presentarme a la cita recién concertada en nuestra conversación por teléfono, cuando tan comprensiva conmigo se mostró?

–Usted siempre me tendrá a su lado –me dijo.

–Gracias, Hildita.

–Es que esa gente no lo comprende.

–Quieren que devuelva todo.

–¡Figúrese!

–¿Se da cuenta de lo miserables que son?

–Tiene dedicatoria. Y además, los dos retratos...

–Alegan que no somos nosotros. Que son personajes de alcurnia, así es que mejor no tengamos esas pretensiones. Por eso, dicen, el cuadro tampoco probaría nada.

–Claro que se dan cuenta de que yo, en jamás de los jamases, me pondría un vestido tan escotado.

Le colgué sin despedirme. Comprensión, cero. ¡Podía pasarme muy bien sin su ternura y soñar noche tras noche con sardinas y Dinamarca! Me senté en el pedestal del busto del poeta Manuel Magallanes Moure para contemplar las hojas amarillas que iban cubriendo poco a poco mis zapatos. Me di cuenta de que preferiría cualquier cosa –incluso manotear en el Mapocho como nuestro LIBRO DE ACTAS– antes que dejarme ahorcar por el abrazo de la Hildita. ¿Cómo no sentirme confundido por ese torbellino de contradicciones si mis meses en la CORPORACIÓN fueron los más brillantes de mi vida? ¿Y tener en mis manos la joya de arte que tan claramente me corresponde pone a mi alcance un universo distinto a cualquier cosa antes soñada? Es verdad que esos sueños me cambiaron. Pero no por codicia, como tantos socios creen. La posesión de objetos nobles –y lo he probado de sobra– no es lo que más me moviliza, aunque no descarto su halago.

En fin, no creo que los socios me enreden en un juicio criminal, como me amenazaron: su atención no tiene garra suficiente como para emprender una prolongada querella. ¡Pero que no pretendan negarme los momentos que me aproximaron a la auténtica grandeza!

IV

Todo comenzó cuando la Hildita y yo decidimos que las cosas entre nosotros no podían seguir como estaban y tomamos la determinación de pasar el siguiente fin de semana juntos. Los padres de la Hildita son muy a la antigua, y si bien no tengo quejas sobre la forma en que don Jorge Botto y su señora me recibían, pese a que la Hildita cumplió treinta y tres años y tiene su carrera, y da para la casa y todo, sus padres la cuidaban mucho. La casa de los Botto es bastante chica. Mis suegros nos prometían que cuando nos casáramos acomodarían el comedor como dormitorio y se trasladarían a él, cediéndonos el dormitorio principal que ellos ahora ocupan. Era natural que desearan no separarse de su única hija, tan natural como que yo, que no tengo familia, aspirara a integrarme a su núcleo. Cuando los viejos se retiraban a su dormitorio después de la comida a ver la tele antes de dormirse, misiá Rita le decía a su hija al darle el beso de buenas noches:

–No se acueste muy tarde, mi hijita.

–No, mamá. Buenas noches.

–Yo me voy en cinco minutos más, señora Rita.

–Buenas noches, Marcos.

–Buenas noches misiá Rita. Buenas noches, don Jorge.

–Buenas noches, Viejito.

–Buenas noches.

Esos cinco minutos eran con frecuencia bastante largos. En el cuarto de al lado, la tele a todo volumen casi no nos dejaba conversar. Pronto apagaban la tele, sin embargo, pero era como si lo hicieran con el propósito de atracar la oreja al tabique que nos separaba. El mueble de asiento más grande del salón es un sofá antiguo, de modo que nuestro amor se veía limitado por incómodas maderitas talladas en forma de rosas que se incrustaban en las partes más delicadas de nuestras anatomías. Por miedo de manchar el tapiz amortiguábamos con la punta del pie en el suelo nuestra agitación para que nuestro frenesí no venciera las maderitas que se quejaban en sordina, igual que la Hildita. Estábamos entristecidos con estas condiciones de nuestro amor. Soñábamos con pasar una noche entera uno en los brazos del otro para disfrutar sin limitaciones de nuestra intimidad, con todo el tiempo del mundo para acariciarnos. Pero la Hildita siempre titubeaba. No se decidía a engañar a sus padres, que tanta confianza tenían en ella. Varios proyectos encaminados a cumplir este anhelo fracasaron. Hasta que por fin logré convencerla de que mintiéramos –no era pecado, no era falta de respeto, era algo natural a nuestra edad que pronto comenzaría a marchitarse–, pidiéndoles permiso para ir a pasar el fin de semana en la casa de una amiga en Viña del Mar, que por suerte no tenía teléfono: se trataba de una amiga de sus tiempos de periodismo, una chiquilla más suelta de cuerpo que las primas con que habitualmente salíamos a misa y al teatro, tan cuidadas como la Hildita.

Tomamos una micro que en lugar de llevarnos a Viña nos llevó, como lo teníamos planeado en secreto, a Cartagena. Estoy de acuerdo con que Cartagena dista mucho de ser un lugar ideal. Pero como la Hildita vivió en Viña cuando don Jorge trabajaba en esa sucursal del Banco, los Botto tienen muchas relaciones en la Ciudad Jardín y a la Hildita le dio no sé qué que por casualidad nos vieran juntos y se pusieran a hablar de más.

Cartagena, en cambio, es un balneario netamente popular. A costa de parecer pretencioso debo declarar que los amigos con que nos juntamos jamás irían a pasar sus asuetos en Cartagena porque los trenes excursionistas del domingo repletan el balneario de gente bulliciosa, con picnics que dejan inmunda la playa. Pero en invierno –fue en un mes de julio muy destemplado que descubrí a Larco– es muy distinto: un rinconcito solitario y melancólico y lleno de ecos.

V

Las nubes estaban bajas sobre el mar sin horizonte cuando llegamos, y todo tenía un aire desteñido, como una vieja acuarela vista a través de un vidrio que no se limpia hace años. Los vetustos caserones de tabla con terracitas y galerías de vidrio de cuando Cartagena era un balneario de moda, remontaban las colinas, ahora convertidos en pensiones con letreros y en hotelitos clausurados por chapas de fierro atornilladas sobre las ventanas. Vimos un hotel abierto en Playa Chica y nos bajamos de la micro porque ese sector, sabíamos, es el de más categoría. La terraza que rodea la playa azotada por el oleaje estaba desierta. Aunque a la Hildita y a mí nos protegían nuestros buenos impermeables y paraguas, nos empapamos porque las olas que devoraban la playa barrían también las avenidas, y los nubarrones se revolvían allá arriba revelando grandes jirones celestes. Nos inscribimos en el hotel, la Hildita con un nombre supuesto como si se tratara de una artista de cine, y subimos furtivos a la habitación que nos indicaron. Nos encerraron, por fin solos, sin que nadie se inquietara por lo que dos personas perfectamente adultas podían estar haciendo.

Supongo que será frecuente que las cosas sucedan así cuando, después de ansiarlo tanto, uno por fin se encuentra a solas con su amor: todo, entonces, es menos que lo esperado, más deslucido, menos excitante que la ilusión. Miré a la Hildita desvistiéndose al otro lado de la cama. Sus codos nudosos se enredaban al desabrochar su ropa interior y sus movimientos poco agraciados parecían disimular su cuerpo en vez de ofrecérmelo. Luchaba dentro de su camisa de dormir para ponérsela antes de desvestirse igual que en los internados de monjas, como para que ni un solo centímetro de su carne me provocara malos pensamientos. Y cuando salió del cepo de sus calzones caídos por debajo de la camisa hasta los tobillos, se refugió en la cama con la sábana hasta el mentón. Encima de la sábana quedó aislada su cara con una semisonrisa que parecía pedirme indulgencia por sus ojitos miopes, un poco juntos, que se habían puesto colorados con el viento salino: en cuanto comencé a desvestirme los cerró. No quería verme. Y yo, mal apertrechado para un lance galante, había traído mi pijama de moletón a rayas..., preferí no ponerme una prenda que, en ese momento me di cuenta, era tan poco romántica. De un salto me refugié junto a la Hildita y la abracé.

–No... no, por favor... –susurró, tiritando.

–Para que entre en calor pues mijita.

No pudo contestar porque tenía la boca llena con mis besos. Vi lágrimas bajo sus párpados cerrados. En un acceso de entusiasmo eché hacia atrás las sábanas, dejándonos descubiertos.

–No..., no... –repetía ella tironeándose la camisa enrollada en su cintura para bajársela de modo que yo no pudiera mirarla.

–Sí..., sí: quiero verla desnuda. Míreme a mí... tóqueme... –susurraba yo en su oreja con pasión fingida porque la verdadera se me había congelado al verla tan angulosamente poco calificada para el amor.

–No..., no...

–¿Qué le pasa, Hildita linda? ¿Por qué no quiere...?

–...es cochino hacerlo desnudos...

–No sea así conmigo pues mi hijita...

–...es como... como degeneración mirarse...

Hacía demasiado tiempo que en la salita de su casa soñábamos con exactamente esta situación, que era lo que podía suceder ahora. Ella, calenturienta, me rogaba que le contara cosas, que le dijera cochinadas, que la tratara como a una ramera, que le dijera qué le había dicho a la puta con que me acosté cuando chico y qué me contestó ella, que le pusiera la mano aquí, acá, más abajo, que le hiciera cosquillas acá, usando su boca para insinuar pecados y humillaciones inconclusas debido a nuestros escrúpulos. Aquí, en el hotel, estaba también usando su fantasía. Pero para rechazarme: pasos en el corredor, balbuceaba, como si a alguien le importáramos..., una cara conocida la miró al entrar de mi brazo al hotel..., le daba asco el olor a caldillo de congrio que subía desde la cocina..., no, no, a ella no le gustaban las cosas así, en pleno día, le gustaba oscurito, con ropa, la intimidad de enagua y cierre, botones enganchados en ribetes de encaje, el entrevero de calzón de nylon y pantalón abierto sólo a medias por si alguien viene, sí, sí, vienen, vienen y me van a castigar, en el momento cuando el amor se iba a precipitar en la oscuridad. ¡No así, a toda luz, los dos desnudos, así no, por favor...! Hasta que le pegué una bofetada que la dejó gimiendo: ¡Nooooooooooooooooooo...! al llegar a la culminación.

No quiso descansar en mis brazos. Quiso vestirse inmediatamente. Lo hicimos cada uno a su lado de la cama, dándonos la espalda como enemigos, separados por el revoltijo de sábanas como por un campo de batalla abandonado. Bajamos a almorzar en silencio. El menú ofrecía como especialidad de la casa un caldillo que la Hildita rechazó con asco. Yo, en cambio, pedí un gran plato, enjundioso y fragante, destinado a cargarme de pasión para la hora de la siesta. Cuando terminó sus duraznos al jugo, la Hildita declaró que no tenía ganas de dormir la siesta porque había cabeceado en la micro. No tuve necesidad de recordar sus codos para encontrar que, claro, mejor no dormir siesta. Y como el cielo se había despejado un poco y había un solcito benigno aunque intermitente, dijo que tenía ganas de salir a turistear un rato para conocer Cartagena, le habían contado que las rocas del Suspiro eran tan lindas.

VI

Caminando cerro arriba por las calles del pueblo la Hildita se puso más contenta. Las gaviotas blancas, recién bañadas, volaban sobre nuestras cabezas, sobre los pitosporus acharolados por la lluvia. Las veletas enloquecían alegremente en los viejos torreones que la Hildita opinó que eran unos mamarrachos. Entre dos casas altas se abría un abismo estrecho como una ventana por donde la vista se precipitaba hasta el mar que batía el hacinamiento de rocas azuladas. Me detuve.

–Mire... –le señalé–. Leonardo.
–¿Quién?
–No. Nada.
–Usted no me quiere porque me encuentra tonta.

Sí. Tonta. Y también fea. Pero callé. ¿Qué otra cosa podía hacerme a estas alturas? ¿Qué me había hecho meterme con ella sino mi certeza de que por su insignificancia no podía darse el lujo de rechazarme? ¿Qué nos había mantenido juntos sino el miedo de que si nos separábamos quedaríamos solos para siempre? Seguimos caminando calle arriba. El vaho salino penetraba mi ropa hasta mi piel, donde el frío extinguió el último rescoldo que dejó en ella la pobre hoguera de la Hildita. El adiós definitivo estaba a punto de producirse. Lo postergaba para no enfrentar la vergüenza de verla ponerse más fea aún al llorar. Sonándose, dijo que le parecía que se había resfriado un poco así es que mejor no quedarse en Cartagena esta noche sino regresar a Santiago hoy mismo. Pena. Sí. Y compasión. Por ella y por mí.

Caminábamos lejos del mar, por las calles del pueblo situado encima de las lomas, detrás del correo y de la Parroquia. Cuando le contesté que muy bien, como ella quisiera, comenzó a echarme en cara que a mí no me importaba regresar esta misma tarde porque no la quería. ¡Qué lástima ser una señorita decente! Pero así eran las cosas, así es que claro, en estas circunstancias lo mejor era volver. De repente dejó de hablar y con el dedo me señaló un letrero que colgaba de la puerta de una casa baja, de fierro acanalado gris y revenido como el día, con dos ventanas que daban sobre la vereda. Mis pensamientos, sumidos en la desdicha del hombre que se confiesa a sí mismo que jamás amó, volaron a fijarse en el enigmático letrero:

–MUSEO LARCO –leyó la Hildita.
–¿Qué será? –me pregunté en voz alta.
–Un museo.



Releíamos el letrero cuando se abrió la mampara. Apareció un anciano resoplante y gordo aunque endeble, con su cara color terracota con el aire marino. La fetidez de su disnea alcohólica nos alcanzó, y al acercarse penetramos en el ámbito de vino generado por su andrajosa persona. Me preguntó festivamente:

–¿Van a entrar?
–¿Qué hay?
–Cuadros.
–¿Qué cuadros?
–De Larco.
–¿Quién es Larco?
–Era.
–¿Murió?
–Murió. Doscientos pesos la entrada.
–¿Usted es el cuidador?
–¿Quién quiere que sea?

Su actitud me pareció impertinente. Pero pagué, más que nada para entretener a la Hildita de modo que olvidara su prisa por volver a casa de sus padres y así aprovechar la noche que yo había cancelado de antemano en el hotel. El viejo abrió la mampara de vidrios con losanjes violetas y anaranjado en las esquinas, y metiendo mis monedas en su destripado bolsillo nos invitó a pasar.

Un inexplicable «déjà vu» –locución que desconocería sin mi acercamiento al universo de Larco que empezó en esa visita– me envolvió al entrar en el museo. La discutible claridad de la tarde se asomaba por los vidrios polvorientos del exiguo patio. En la penumbra, el cuidador, con su chaleco verde-botella encima del pijama de moletón a rayas semejante al mío aunque menos pulcro, nos abrió una puerta.

–Por aquí –dijo.

En la habitación oscura abrió primero los postigos de una de las

ventanas, después los de la otra: como en dos fotogramas consecutivos, antes que mis ojos pudieran distinguir qué contenía la habitación, la claridad de las ventanas reveló dos momentos del paso de una señora llevando una vianda. Sonó el timbre:

—Mi vecina... —explicó el cuidador, y desapareció para atenderla. Lo oímos afanarse en el interior con vasos y platos y corear una risa femenina.

Las paredes de la habitación donde nos encontrábamos estaban cubiertas hasta el techo con cuadros. Antes de darme cuenta de si el «déjà vu» que continuaba alucinándome se situaba adentro o afuera de los cuadros, me pareció reconocer cierto olor a comida tibia sobre un mantel de hule, el aire estancado pese a las corrientes, los anteojos y el periódico junto a una botella que había dejado una redondela morada en el mantel, y una flor deshojándose prosaicamente en un vaso para lavarse los dientes...

Yo, entonces, nada sabía de pintura moderna. Al hojear álbumes de reproducciones no reprimía mi desdén por los Braque, los Picasso, los Duchamp, los Juan Gris y sus imitadores, que no dejaron huella en mí porque lo que entonces me conmovía eran los perfiles de damas renacentistas sobre perspectivas de árboles o ruinas o rocas, o las frutales muchachas de Renoir disolviéndose en luz. Pese a las inciertas alusiones que sentí en el MUSEO LARCO, en ese primer momento no supe qué estaba viendo. Todo me pareció de un feísmo atroz, grises y pardos sucios y volúmenes descompuestos que yo debía rearmar, todo muy distante de los preceptos de belleza que propiciaba nuestra CORPORACIÓN. Jirones de arpillera o de periódico, un dominó, el veteado de falso mármol de un zócalo, un damero, una botella sin transparencia, letras, notas, números volando: entonces no lo sabía pero ahora lo sé, que el propósito de esta pintura no es retratar la realidad ni las emociones, sino que consiste en una serie de intrincadas propuestas formales. De paso, le da una vigencia socarrona a los interiores donde se encerraban los pintores del París de esa época, un rincón de estudio, una mesa de café, un dominó, una botella consumida a medias, la espalda de una modelo descubierta por un kimono caído... el mundo urbano, de puertas adentro de estos anti-intelectuales y sus pequeños placeres egoístas y poco exigentes.



Mi primera reacción fue la de rechazo a este encierro parisino que reconocí sin saber que lo estaba reconociendo en una calle postergada un invierno en Cartagena. Miré a la Hildita. ¿Había sentido algo...? Iba bostezando prendida de mi brazo. Haciendo el recorrido de la habitación más que contemplando los cuadros, se acercaba a ellos y leía en voz baja: LARCO, fechas entre 1920 y 1935 y los nombres de los cuadros: GUANTE DE MUJER, DAMERO CON BOTELLA, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA..., y se retiraba y pasaba al siguiente cuadro o al de más arriba, frente a los que repetía la misma parodia.

VII

Cuando terminamos esta primera visita que a pesar de lo breve me resultó bastante aburrida —¿cómo es posible, me pregunto hoy, que todo un secretario de la CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL haya sido tan ciego?— nos dispusimos a partir sin comentarios. Esa media hora transcurrida en el MUSEO LARCO no estaba destinada, pensé, a trastornar de ninguna manera mi vida.

Antes de salir buscamos al cuidador para anunciarle que nos retirábamos. Tuve ocasión para echar una mirada al interior de la estrechísima casa: en una segunda habitación, dormitorio que también servía de comedor, nuestro personaje, sentado en una mesa cubierta con hule, cuchareaba su cazuela. Sobre la mesa vi la vianda traída por la señora de los fotogramas y un vaso de vino tinto vacío. Más allá, un catre de bronce bastante ostentoso. El cuidador se puso de pie:

—¿Ya se van?

—No hay mucho que ver.

—Ni siquiera han visto sus reliquias.

—¿Qué reliquias?

—Las de Larco. Las cosas que pintó en París. Ésta es su cama. Se nota que es importada, ¿no? Forma parte de las piezas conmemorativas del MUSEO.

—¿No dice que vivía en París?

—Sí. La trajo cuando vino a terminar sus días aquí.

—¿Por qué en Cartagena?

—Por la misma razón que estamos todos aquí, yo, usted, él: por pobres.

—¿Era pobre?

—Todos los buenos artistas son pobres. Él era demasiado orgulloso para hacerse bombo con su fama internacional. Cuando el público de Chile no le hizo caso a su talento aclamado en Europa, se vino a instalar aquí con sus cuadros, y aquí murió solo pero contento sin que nadie en este país de mediocres se acordara de él.

Observé al anciano, evidentemente aquejado de juanetes, con el bigote blanquizco y los escasos dientes teñidos por el tabaco. ¿Quería deslumbrarme mostrándome ese cuartito apestoso a cebolla donde se había dirigido a abrir la vitrina del rincón junto al catre? Contenía una pipa vieja, un dominó incompleto, una baraja, un periódico francés de fecha pretérita, un guante lila desteñido, una botella de Pernod vacía, y varias fotos tomadas con técnicas anticuadas de un grupo de alegres muchachos con la Torre Eiffel detrás, o un puente, o una terraza de café. Con bastante dificultad para identificarlo, el anciano nos señaló a uno de los muchachos, elegante y delgado, vestido con un traje de soberbio corte aunque con las arrugas del buen casimir de entonces.

—Éste es Larco —nos presentó señalándolo con la uña rasgada de su meñique—. Hay un cuadro suyo en el Museo de Bellas Artes de Santiago. ¿Lo han visto?

—Está cerrado.

—¿Ah, sí? No importa. No es lo mejor.

Ante nuestro tartamudeo excusándonos por no ser expertos en pintura moderna, el redoble de su estómago sonó como una despectiva réplica. No nos dejaba irnos, sin embargo, insistiendo en contarnos deshilvanadas historias acerca de las fotografías, éste es el pobre Vaché que se suicidó, y ésta la baronesa Elsa con su melena loca al viento, y aquí está la pareja Elsa/Larco en un tandem, o con cucalones y empuñando rifles, o con un pie sobre el cadáver de la bestia recién tumbada, o brindando con copas que, el cuidador nos informó, eran de Pernod.

—¿Cómo sabe usted? —le pregunté, un poco irritado con su pedantería.

—Yo lo acompañaba a todas partes. Tal como lo acompañé a vivir aquí en sus últimos años y me dejó de heredero universal. A mí también me gustaba el Pernod. A él le gustaba mucho como yo se lo preparaba: el vaso con un colador lleno de hielo y un terroncito de azúcar y por ahí se hace caer lentamente el agua para que así el Pernod se nuble en el vaso...

Sus ojitos de un color inidentificable pero muy brillante confirmaron su superioridad con un guiño, afirmando con desdén que hoy nadie toma Pernod, y menos, sabe prepararlo. Él mismo hacía más de medio siglo que no lo probaba. ¿Qué sabían de Pernod los pedestres pintores de hoy a los que sólo les interesaban sus innobles pugnas por figurar, peleándose premios oscuros y distinciones ridículas? No eran capaces de darse cuenta de que NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA de Larco, por ejemplo, era una de las obras maestras de la pintura de este siglo. ¿Lo habíamos visto...? Sí, claro, era el cuadro más grande de todos... ¿Pero lo habíamos visto bien y nos había gustado? Bueno, sí, hasta cierto punto, porque cuando uno está acostumbrado a ver pintura de otra clase, es difícil...

—¡Claro que es difícil! —exclamó el viejo—. Ésa es su gracia: pintura de élite, para entendidos, no para las masas incultas. Es necesario civilizar a las masas, decía él, si no queremos que nos destruyan.

¿No queríamos comprar NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA? Lo dejaría a buen precio. Sin oír nuestros delicados rechazos, el cuidador —antaño su valet, ayudante de taller, además confidente, aunque esta afirmación me pareció una mentira de lo más burda—, se distrajo espantando la mosca que se cebaba en su gruesa nariz alcohólica, y repitiendo como un papagayo cosas que su señor le había dicho en



circunstancias remotas: que la fama carece de importancia, sobre todo en un país como éste donde nadie conoce a los verdaderos grandes, Juan Gris, Hans Arp, Gaudier-Breszka, Schwitters, Leger, Moholy-Nagy. El dinero tampoco le importaba gran cosa. Lo tiraba a manos llenas en fiestas de disfraces en su casa del Boulevard Raspail, en cruceros por el Mediterráneo, en excursiones al desierto africano con la baronesa o con otras damas a las que colmaba de costosos regalos. ¿Qué podía importarle el dinero? Al fin y al cabo su familia había sido dueña de todo esto, y el cuidador lo decía girando orgulloso para señalar con el brazo extendido, el contorno de los cerros de Cartagena. Nació en la opulencia y vivió en el boato y el placer, pero de su fortuna ya no quedaba más que el desolado ámbito de esta casita. La fama, citaba el cuidador, no era más que el homenaje que le rinde la mediocridad a lo que no entiende, por eso el olvido era el mayor de los halagos. Su conferencia nos retenía en la puerta del MUSEO, nosotros protegidos de la lluvia por nuestros paraguas mientras él, débilmente y sin hacerle caso al agua que lagrimeaba sobre su rostro pecoso de años y miseria, nos despedía:

—Pero no vayan a creer que Larco era como esos chascones cochinos que dicen que el arte es lo único que importa. No. ¡Vieran sus pañuelos de seda, sus polainas de gamuza! Es la vida lo que tiene que ser una obra de arte, decía: el arte es una mierda.

VIII

El balneario estaba oscuro cuando bajamos los cerros hasta el hotel. En vez de caer uno en los brazos del otro en nuestra habitación como yo tenía previsto, mientras preparábamos nuestros maletines para el regreso nos trenzamos en una discusión sobre el cuidador. La Hildita declaró que ese viejo repulsivo no tenía derecho a contar intimidades de su patrón, aunque estuviera muerto. Tampoco a darse humos de propietario de unos cuadros que quién sabe cuánto valían —¡pensar que con el propósito de humillarla afirmé que no valían absolutamente nada y que me hiciera el favor de no meterse a opinar sobre pintura!—, lo que era una falta de respeto de ese roto intruso. ¿Qué no veía que era un estafador, le grité, que esos cuadros estaban tan desprovistos de mérito que era evidente que los pintaba él para vendérselos a los turistas incautos? ¿Qué pintor verdadero se atrevería a afirmar así, tan suelto de cuerpo, que el arte es una mierda? Al final, gritándonos cada uno desde un lado distinto de la cama, no sabíamos qué punto defendía quién. Lo único que nos quedó claro es que nos odiábamos. Mejor tomar la próxima micro a Santiago.

—¿Y yo? ¿Cómo le explico a mi mamá por qué me volví...?

—Me da lo mismo —le contesté y salí de la habitación terciándome el maletín sobre el impermeable.

Compré dos pasajes de regreso. Pero elegí dos asientos separados y no nos dirigimos la palabra en todo el viaje. Un barquinazo de la micro me despertó: recordé que al comentar un óleo cuyo nombre me quedó grabado, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA, el cuidador ofreció vendérmelo por una suma irrisoriamente baja. Yo me había negado a comprárselo, ofreciéndole mi sonrisa de superioridad frente a ese desbarajuste de cubos pardos. Me incorporé alarmado en el asiento de la micro: ¿y si esa pintura resultara ser una obra de arte, un cuadro digno de un museo, trabajo de un pintor genial que yo no era capaz de apreciar por ignorante, y por pusilánime me había quedado sin esa maravilla que después quizá podía haber vendido en millones...? Esta posibilidad terrible me mantuvo con los ojos abiertos como focos durante el resto del viaje, reconstituyendo cada detalle que lograba recordar de mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Era plomizo y feo. Sin embargo, no pude deshacerme de su imagen obsesiva durante todo el día siguiente, ni siquiera en mi trabajo que realicé con excepcional desgano. Hasta que el jefe me preguntó:

—¿Qué te pasa hoy, Viejito?

—No me siento bien. Comí un congrio que no estaba fresco.

Pedí permiso para retirarme a media mañana. El jefe me lo concedió por mis impecables antecedentes. En cuanto di vuelta la esquina del banco de donde había salido agobiado, me erguí, estiré mi vestón y apuré el paso, *mi* paso ahora, porque era como si hubiera adquirido el derecho de andar airoso.

Había pedido licencia con un propósito definido ya que mi curiosidad y mi ansia no podían esperar: quería ir a bibliotecas universita-

rias, públicas y de institutos con el fin de informarme acerca de Larco y su pintura, consultar textos acerca de su importancia como creador y sobre su personalidad, saber si no se trataba sólo de una sórdida invención del cuidador y que jamás realmente existió. No encontré reproducciones de sus obras. El Museo de Bellas Artes estaba clausurado por razones políticas. Lo que sí encontré fueron algunas menciones relacionándolo con el grupo Montparnasse de pintores chilenos.

Tomé notas, buscando los libros a que los primeros me referían, y fui llenando un cuaderno con datos que probaban que sí, que claro que Larco existió: «pintor afrancesado, interesante, pero difícil» según los estudiosos, que ilustraban sus textos con reproducciones de las ubicuas botellas verdes, periódicos y pipas de aquellos pintores que en esa generación cosecharon una gloria auténtica.

No llamé por teléfono a la Hildita ni una sola vez en toda esa semana porque Larco y la perdida posibilidad de comprar el cuadro que, ahora estaba convencido, valía millones, ocupaban todo mi pensamiento. Tuve que reconocer que a Larco los textos lo nombraban sólo incidentalmente. Y en las fotografías que mostraban los almuerzos o paseos de los artistas con sus alegres amigas, la cruz que indicaba la cabeza de un glorioso jamás se dibujó sobre la suya. «Mundano», «aventurero», «frívolo», «encanto personal» eran los adjetivos que le tributaban, despachándolo brevemente en notas a pie de página en que se destacaba que sin estas características que lo perdieron hubiera llegado lejos, ya que fue «uno de los más dotados de su brillante generación». ¿Brillante? ¿Larco? Sus cuadros no tenían nada de brillante. Al contrario, eran nublados, desordenados, feos. Pero ante los textos abiertos tuve que reconocer que, bueno, al fin y al cabo qué entendía yo de estos asuntos para contradecir a los expertos: bastaba el hecho de que en Cartagena yo había encontrado una pinacoteca repleta de estos cuadros «brillantes, interesantes, difíciles», ejecutados por uno de los pintores «más dotados de su generación».

La Hildita no asistió a la reunión del viernes. Eso me daba tiempo. Así podía presentarme en Cartagena a reclamar por lo menos ese cuadro que yo tanto había denigrado y ella no podría informar a los socios de mi desdén inicial. El hecho es que a siete de los socios de la CORPORACIÓN, con sus abrigos echados sobre sus hombros para no empalarse con las corrientes de aire, les relaté mis aventuras del domingo anterior, excluyendo, naturalmente, a la Hildita para no comprometerla. Mi auditorio, debo confesarlo sin falsa modestia, me escuchó con embeleso. Don Artemio, que tenía muchos años pero buena memoria dijo que claro que se acordaba de cuando Santiago era una aldea donde todos se conocían, que el hijo de un personaje muy encumbrado de ese apellido había partido a Europa, estableciéndose en París y a la muerte de su padre dilapidó la enorme porción del patrimonio que le tocó, en cocottes, en zorreaduras, en viajes, en vivir una verdadera bohemia de lujo. No recordaba, sin embargo, nos aseguró don Artemio, que jamás se dijera que fue pintor: debió ser un hobby pasajero de hombre rico, nada más.

En todo caso, al despedirme ese viernes, les dejé el bichito metido en la cabeza. Y partí a Cartagena temprano el sábado, no sin antes titubear junto al teléfono para marcar el número de la Hildita porque no me gusta viajar solo. Mi novia, a la que decididamente no amaba, comenzaba a hacerme falta. Pero no. Todavía no. Tenía curiosidad por ver NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA solo y durante largo rato.

El cuidador salió a recibirme pero no me reconoció. Sentí algo como un golpe de alborozo por el azar de mi encuentro con este anciano, el personaje más improbable del mundo, que ponía en mi camino la posibilidad no sólo de comprar una verdadera joya, sino, además, de comprender por qué era valiosa esa obra «difícil», y así salir de la «masa» que Larco desdeñaba para integrarme a la «élite». De nuevo me ofrecería el cuadro en venta, de modo que apropiármelo sería lo más natural del mundo. Además de todo esto, la revelación de mi descubrimiento del MUSEO LARCO significaba que yo haría un descubrimiento artístico como el que anhela todo aficionado, lo que me cubriría de gloria, y por carambola, a nuestra ya no tan agónica CORPORACIÓN.

Preferí no identificarme de entrada. ¿Qué sacaba con decir «soy el que estuvo aquí con mi novia el fin de semana pasado?» El cuidador pareció dispuesto al silencio después de abrir los postigos, porque me dejó solo en la sala de exposiciones –si así puede llamarse esa pieza húmeda, con goteras y el entablado podrido–, y se retiró al fondo de la casa donde oí el eco de su conversación con una mujer: la misma voz de la semana pasada. ¡Cómo podía adivinar uno las intimidades de un vejete como éste!

Paseé la vista por los cuadros, uno por uno, intentando empapar mi atención de ellos, con el fin de hacer coincidir las frases de los estudiosos que leí en los tratados, con lo que estaba viendo: ingrata tarea que terminó en una secuencia de frustraciones. Me detuve ante NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA: era el resumen de esta casa y por extensión de todo Cartagena, aunque nada fuera una representación real de nada. La guitarra más parecía una sierra, la botella estaba ladeada, unas cuantas letras de periódico magnificadas eran proyecciones de las gafas, la cachimba era como de plasticina, y a la derecha, arriba, había una ventana abierta sobre una usina que colmaba el cielo sin aire con sus chimeneas estilizadas..., no era aire respirable: era pardo, gris, negruzco, ahogante como el resto del espacio plástico, más denso que los objetos que lo ocupaban, que el guante de mujer, que la botella, que la cachimba, relacionados entre sí pero independientes de una perspectiva real. ¿Eran importantes estas relaciones o eran un juego que no debía atraer la atención de una persona seria? ¿O era, en verdad, una mierda el arte...? ¿Cómo iba a ser una mierda si la realidad artificial de este cuadro tenía fuerza para absorber la realidad de toda esta habitación e incorporarla, y a mí, como uno de sus tantos trastos? ¿Cómo explicarme esta dependencia, mi atención conquistada, mis cánones de belleza –¿era belleza?– anulados por este cuadro cuya fuerza me retenía?

–Parece que le quedó gustando –dijo una voz detrás de mí.

Era él. Caminé un paso hacia la derecha para apostarme frente a un cuadro similar a NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA pero que no me decía nada. Me quedé contemplándolo para que el cuidador no fuera a darse cuenta de mi interés por la otra obra y le subiera el precio. Le contesté sin mirarlo:

–Más o menos.

–¿Por qué más o menos no más?

–Es pobre de color.

El cuidador lanzó una carcajada que terminó en una tos que lo sacudió entero.

–¿Color? –me preguntó sarcástico, todavía riendo y tosiendo–. ¿Azulino y rosado como en las tapas de las cajas de bombones?

Me dio rabia:

–¿Qué tiene de malo el azulino? Es un color muy chileno, muy nuestro, el clásico azul de lavar, o azul paquete-de-vela de toda la vida...

–¿Y eso qué importancia tiene? El arte no es eso.

–¿Qué es, entonces?

Dejó de toser y mirándome, comentó antes de salir:

–¡Paquete de vela!

Pensé reprenderlo. Pero me callé porque no quería perder la esperanza de volver otro día y retomando un tono más cordial en el diálogo hacerlo venderme NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA, que, me di cuenta, yo necesitaba poseer. Oí la tos del viejo en la pieza donde comía. No me despedí y huí rápidamente, como un ladrón que le ha robado el alma a un cuadro.

No descansé en la micro de regreso. Cualquier vaivén me parecía una amenaza para mi vida. En mi recuerdo, que desplegaba todos los detalles de NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA magnificados, no pude encontrar ni rastros de belleza. ¡Y sin embargo...! Tenía que esperar unas semanas antes de retomar el asunto de la compra, cuando pudiera asimilar la fuerza del cuadro por medio de lecturas que pensaba emprender, que de paso me servirían para dar una conferencia sobre Larco a nuestro grupo.

La micro tardaba en llegar. Llamé a la Hildita por teléfono desde

el paradero mismo para compartirlo todo inmediatamente con ella. Pero misiá Rita me contestó tan cortante como sólo ella sabe ser:

–Salió.

Por su tono me di cuenta que la Hildita estaba a su lado dirigiendo las respuestas de su madre.

IX

Casi no pensé en la Hildita en toda la semana porque el pensamiento de Larco no le dejaba lugar. Me ocupé obsesivamente de él, hurgueteando en todas las bibliotecas abiertas al público, tanto que logré convencer de su grandeza a la bibliotecaria del INSTITUTO CHILENO-FRANCÉS DE CULTURA, a quién me acerqué a pedirle que por favor me tradujera ciertos párrafos relacionados con el grupo de Larco. Cuando me preguntó por qué me interesaba este pintor le confié ciertas sensaciones inasibles: era, le dije, como si todo lo que sucedía en su pintura me hubiera sucedido a mí antes. Eso se llamaba un «déjà vu», me explicó, preguntándome con sumo interés si yo tenía poderes psíquicos. Le dije que creía que no, pero la invité al pleno de nuestra CORPORACIÓN el próximo viernes, al que supuse que la Hildita también asistiría. Ya veríamos qué pasaba entre las dos.

La Hildita no asistió. La bibliotecaria, en cambio, sí; llegó muy temprano y arreglada y hablando de cartas astrales. Sin la presencia de la Hildita la presencia de la bibliotecaria me debe haber parecido superflua porque no la recuerdo más que a su llegada, y al final, cuando me hizo una seña de despedida antes de que terminara la reunión. Expuse mis experiencias sin disimular mi novedoso entusiasmo por un pintor cuya obra sin duda era «difícil», tratando de ajustarla a un aceptable vocabulario de aprobación. En todo caso, quedó claro que para mí, ahora, Larco era uno de los grandes creadores desconocidos de nuestro siglo, aunque yo mismo no estaba demasiado seguro del por qué.

–Ruiz –me interpeló al final don Artemio, cuando ya los tenía cansados de tanto hablarles de Cartagena–. ¿Quiere explicarme por qué fue tan tonto y no compró el cuadro que el cuidador le ofreció? Según lo que usted dice, era una verdadera ganga. Y ahora que usted piensa publicar artículos sobre su descubrimiento seguro que Cartagena se va a llenar de compradores y cuando usted, o cualquiera de nosotros a quienes debían pertenecerles los primores, queramos comprar una pintura de Larco, ya no va a quedar ninguna, o lo que es peor, sus precios van a estar por las nubes.

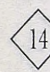
Dejé pasar un minuto de silencio inspirado en el que me di cuenta que lo que iba a ofrecer como razón no había sido el motivo de fondo de mi rechazo, pero que ahora, al contestarle a mi público, tenía derecho a apropiármelo:

–No compré –dije pausadamente, para darle todo el peso posible a mis palabras–, no compré porque creo que el papel de esta CORPORACIÓN, si tiene algún proyecto valedero, es, justamente, impedir que el cuerpo de una obra importante como la de Larco se disperse. Nuestra misión más alta es conservar y valorizar lo que nuestros artistas están produciendo o han producido. En el caso de Larco existe un lamentable olvido, por un lado, y por otro el error de permitir la tenencia de obras de arte a personas que no saben apreciar su valor. En ambos casos la integridad de las obras se ve amenazada. ¿Cuántos cuadros de este gran artista habrá vendido por un puñado de pesos ese cuidador? Debemos apresurarnos a salvar los otros, a darles el rango que merecen, a llevar su importancia al primer plano de la conciencia cultural de la nación mediante una campaña de prensa, hasta lograr una oficialización de ese museo que no debe permanecer en manos de quien está.

Una salva de aplausos acogió mis palabras que, me di cuenta después de mi arrebato, cortaban mi derecho personal a comprar. El entusiasmo reinó entre nosotros. No hubo quien –incluso la Eglantina que es envidiosa y siempre le está encontrando los peros a las cosas– no me felicitara, no sólo por la trascendencia de mi descubrimiento sino por ser ejemplo de hombre probo al rechazar adueñarme de NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA.

La admiración general me hizo sentirme tan ligado a la pintura de Larco que quedé yo más convencido que nadie de que en verdad sentía lo expuesto en mi discursito cívico. Inmediatamente nos pusimos de acuerdo para hacer una gira el sábado siguiente a Cartagena. Olvidándolo todo porque en los momentos de triunfo es tan fácil ser magnánimo, llamé a la Hildita, que esta vez acudió al fono con un simpático ¡hola! Sintió mucho no poder acompañarme al paseo porque había comprado entradas para llevar a sus padres a ver LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ, como yo había prometido hacerlo pero jamás me llegó la ocasión. Adiviné que en este caso su respuesta no era mentira, sino verdad, pero que se estaba sirviendo de ella para castigarme. Que la llamara a mi regreso para que le contara cómo me fue. Como la Hildita no es rencorosa accedió a mi ruego de llamar por teléfono a su amigo, el periodista gráfico, para que nos acompañara a Cartagena, fotografiara la casa, las reliquias y los cuadros de Larco, y ofreciera un reportaje completo de esta novedad a la prensa. La bibliotecaria del INSTITUTO FRANCÉS, que amenazaba ponerse demasiado pegajosa, me llamó por teléfono esa misma noche para acoplarse a la comitiva, pero la despaché diciéndole que por fin no se hacía el paseo. Don Artemio se presentó con su «segunda esposa», y todos hicieron la vista gorda, tan entusiasmados estaban con el programa. La señora Elena Granja trajo a dos sobrinas vejanconas que no estaban en mis libros. ¡Nunca he podido averiguar de dónde las saca! Yo aporté a Perico Retamal, un compañero del Banco que a la larga quizá podía servirme, aunque su rango en el escalafón era tan modesto como el mío, pero se tentó cuando le soplé al oído que este museo podía resultar una mina de oro. Era un sábado asoleado cuando partimos, un grupo casi juvenil de todos los socios con sus familiares y amigos, con radios portátiles y «personal stereo», y canastos de cocaví para comer-lo en la playa. Nuestra sana intención era hacer la visita, admirar lo que hubiera que admirar, y si hacía un sol tan lindo como a nuestra partida, almorzar en la arena para regresar en una micro no muy tarde y así evitar el fresco que es tan traicionero en esta época del año.

La excursión se llevó a cabo tal como fue planeada. Es verdad que a nadie le gustaron los cuadros pese a mis doctas explicaciones, tanto que durante el almuerzo después de la visita al MUSEO –almorzamos en un restorán porque corría un viento helado y nadie quiso bajar a la playa–, me interpelaron duramente al respecto, alegando, incluso, que este paseo había resultado ser un gastadero de plata y nada más. ¡Los cuadros de Larco, ni regalados! No podían valer nada esos adefesios que daban risa. Todos estuvieron de acuerdo en que no eran del tipo de trabajo que nuestra institución debía propiciar y proteger, sin



que nadie se aviniera a explicar en qué podía consistir la protección de un grupo tan desprovisto de poder como el nuestro. ¡Qué justificada esa anarquía de cubos, me exigieron, esos trapos pegados, ese revoltijo de letras y números! ¡Todo era horrible! ¡Y con el tiempecito que estaba haciendo capaz que ellos, que ya no estaban para estos trotes, se resfriaran! ¡No era de extrañarse que una chiquilla inteligente como la Hildita se hubiera aburrido conmigo! Sí, sí, que no lo negara, todos comentaban que hacía semanas que no nos veían juntos.

Perico se fue a mojar los pies en el mar para no tener que defenderme. Después del almuerzo dejé a los socios dormitando hasta la hora de partida de la micro en que teníamos pasajes, enfundados en chalinas y sobretodos, en la galería de vidrios que sirve de comedor en ese hotel. Remonté, ahora solo, los cerros hasta el MUSEO LARCO. El cuidador me abrió, completamente borracho. Quiso abrazarme de gratitud por traerle tantos «clientes» que le llenaron los bolsillos con las monedas de la entrada. Había comprado una botellita para celebrar.

—¿Celebrar qué? —le pregunté.

—La vida, mi buen señor.

Lo seguí al interior, donde me dejó solo y al cabo de un rato lo oí roncar. Recorrí morosamente la sala llena de cuadros preguntándome por qué un gran artista pinta deformaciones. ¿No dijo el mismo Larco que la vida es bella? ¿Por qué no pintar esa belleza? Feos, sí, inexplicables también, esos cuadros. Pero la verdad era que jamás en mi vida se había sentido mi imaginación tan *poseída* por algo. ¿Existía, entonces, la emoción estética, que yo experimentaba sólo intermitentemente y en una forma tan enclenque? Me paré frente a mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA para desgranar en mi memoria todo lo que había leído. Pero mi emoción se quedaba atascada en cosas como las goteras que, me fijé, habían estropeado más de un cuadro. Sería necesario comenzar por un arreglo del techo para salvar el MUSEO y mi cuadro. ¿Cómo comprarlo hoy mismo y aparecer con él bajo el brazo para encarar a los socios furibundos? ¿Cómo convencerlos de que pese a que ellos, y que yo, no entendíamos nada, se trataba de un descubrimiento artístico de gran importancia?

Pensé en la Hildita como refugio para mi soledad. La rechacé porque sabía que se iba a poner de parte de los socios: me emplazaría a justificar mi compra... no, la Hildita no tenía lugar dentro de mis perplejidades. Como no toleraba mi soledad fui a despertar al cuidador para que me contara historias relacionadas con Larco. ¡Aunque no fuera más que para comentar el asunto de las goteras! Nos sentamos a su mesa donde ya había dos vasos con huellas de tinto, y llenó otros dos, limpios. Prorrumpí en doctas manifestaciones de admiración por NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. El cuidador me interrumpió:

—¿Cómo se le pueden ocurrir tantas tonterías? El arte no vale nada, nada, ni lo que vale un vaso de..., de limonada, que es lo que el idiota del médico me recomienda que tome —dijo, y echando hacia atrás la cabeza bebió al seco su vaso de vino tinto—. Si le gusta tanto ese cuadro, se lo regalo.

—No lo puedo aceptar.

—¿Por qué no, si es mío?

—Está equivocado. Ese cuadro pertenece al patrimonio artístico nacional, no a usted, ni a mí...

El cuidador lanzó una carcajada. Se me hace difícil repetir la cantidad de improperios con que me cubrió: qué me figuraba yo, un pobre ignorante..., un mediocre como yo pretendía venir a enseñarle a él que había convivido con los maestros..., a Larco no le importaba un comino el respeto de los ignorantes..., hubiera podido obtener grandes sumas para poner todo esto bajo la protección de la UNESCO, pero Larco no lo permitió porque no era un hombre de masas, sino de élite. ¡Que me fuera, gritó, levantándose y abriéndome la puerta de calle! Mientras me gritaba que no me atreviera a volver nunca más al MUSEO LARCO con mis teorías ridículas, descolgó el letrero que se cimbraba al viento encima de la puerta. ¡Éste ya no era un lugar público donde cualquiera podía venir a importunarlo! ¡Era *su* casa! *¡Sus* cuadros! ¡Y él podía cerrar el acceso a su casa si se le antojaba!

X

El amigo periodista de la Hilda cumplió su promesa de tomar fotos de nuestro paseo. El viernes siguiente ella se presentó en la reunión como si nada hubiera pasado entre nosotros, a vender fotos en nombre de su amigo para que así conserváramos un recuerdo. Tuve que hacer un esfuerzo para no agarrarla y besarla delante de todos cuando al despedirse, para disimular ante los socios, me dijo muy mundana, como si yo no fuera más que uno de sus tantos amigos:

—Llámame uno de estos días a ver si nos vemos... —¡Y eso que nos hablábamos por teléfono, y a veces hasta nos encontrábamos para tomar un helado juntos, aunque manteniendo nuestras relaciones en un plano distinto al de antes!

Quise emborrachar mi pena por su frialdad con otras preocupaciones..., sustituir lo que su indiferencia amenazaba transformar en obsesión, por compromisos de mayor intensidad. En la micro de regreso del infortunado paseo yo no había dejado de hablarle al oído a Perico Retamal, exaltando no la calidad artística de la pintura de Larco, cosa que lo tenía muy sin cuidado, sino las posibilidades comerciales del asunto: estaba todo a un precio tan ridículamente bajo —¡por favor, que no se dejara engañar por las opiniones de personas anticuadas como los socios...!— que si no nos dábamos prisa un día de estos el maldito cuidador se lo vendería todo a cualquier mercachifle que golpeara en su puerta. ¡Entonces, adiós negocio! ¿No podríamos comprar nosotros y advertirle a la prensa de la importancia del hallazgo para que nuestros cuadros subieran a su justo precio y entonces liquidarlos con una sustanciosa ganancia? ¿Qué le parecía? Perico respondió que claro, que estaba muy bien siempre que las goteras que habíamos visto no estropearan la mercadería. Me dolió el uso de esa fea palabra para referirse a la obra de un espíritu selecto. Pero eso mismo me dio impulso para que al día siguiente me acercara al gerente del Banco con el fin de solicitar un préstamo para la restauración del MUSEO. En la salita de espera —que es donde se toman las determinaciones importantes de la vida— me palpitó el corazón preparándome para enfrentar a ese personaje de voz ronca y pronunciación golpeada, como de argentino. Al sentarme frente a él por suerte me contuve a tiempo y no le hablé del MUSEO LARCO, porque me di cuenta de que se moriría de risa. Además, en el momento de hablarle, tuve el tino de disminuir a la cuarta parte el monto solicitado a título personal, con motivo de inciertas «dificultades familiares». Me dijo que ese préstamo era muy sencillo siempre que me consiguiera un aval. Perico se prestó encantado siempre que fuéramos a medias en todo, a lo que accedí.

El resto de la semana lo pasé soñando vagamente, ardientemente, como un adolescente sueña con la mujer amada, con mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Me hablaba a mí mismo del cuadro, o a veces le hablaba a la Hildita, explicándoselo más que nada para convencerme a mí mismo, y dándole una dimensión heroica a los amores de Larco con la baronesa Elsa von Freytag-Loringhoven —¡cómo me gustaba paladear ese nombre al pronunciarlo, como un abracadabra que me abría las puertas a tiempos más prodigiosos que el presente!— cuyo amor, estaba convencido, había inspirado la gran obra de Larco. A veces me reunía con la Hildita para pasear con ella por el parque, pero sin tocarla: si nuestros brazos por casualidad se rozaban, ella daba un respingo. Y a la hora en que los bancos bajo los árboles comenzaban a llenarse de parejas, me decía que tenía que irse porque en casa ya no les gustaba que saliera conmigo. Preferí no decirle ni una palabra sobre el préstamo. Ni explicarle mi intención de juntarlo con nuestros ahorros destinados a comprar muebles para nuestro dormitorio. ¡No me importaba nada mentir, ni apropiarme de lo que no era estrictamente mío, porque se trataba de salvar la pintura de Larco, e incluso, con suerte, quedarme por lo menos con mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA! Una especie de mística había comenzado a arder en mí, aunque sin que su llamita revelara la índole de lo



que alumbraba. Lo único que sabía era que poseer mi cuadro era algo más ansiado, más emocionante para mí que poseer una casa, o un auto, o una cabaña en la playa, cosas normales que un hombre de mi posición y mi edad codicie, pero que ahora a mí me dejaban frío.

Así es que un buen sábado me metí todo el dinero en el bolsillo y tomé la micro a Cartagena para ir a entregárselo al cuidador. Revisamos la casa de arriba a abajo, anotando los trabajos más urgentes para afrontar ese invierno tan lluvioso, y le dejé una parte importante de mis haberes para que contratara a los obreros que dijo conocer entre la escasa población que fuera de temporada frecuentaba los bares del balneario. Al despedirse, me dijo:

—Déle saludos a su novia.

—No tengo novia.

—¿Cómo no? ¿Y esa chiquilla tan interesante que vino con usted la primera vez...?

—Ah, sí, la Hilda Botto. Ahora me veo poco con ella.

—Lástima.

Me callé mi propia lástima que quiso aflorar a mis labios para corear la suya. Al regresar me atreví a ir directamente a la casa de la Hildita aunque lo tenía prohibido. Sus padres me recibieron felices, agitando el suplemento dominical de un diario de la tarde que traía un artículo a todo color ilustrado con fotografías de la casa de Larco en Cartagena y de sus cuadros: *Descubrimiento en Cartagena.* Una reseña de nuestra CORPORACIÓN y su paseo lo acompañaba, y datos de la vida de Larco tomados de una hoja mimeografiada que repartí con ocasión de mi conferencia, además de una noticia sobre mí, que me identificaba como «notable experto». Le transmití los saludos del cuidador a la Hildita. No pareció conmoverse. Pero comenzó a interesarle mucho todo el asunto de Cartagena cuando durante la semana recibimos cartas y llamados telefónicos de gente ansiosa por ir a conocer el MUSEO LARCO —declaré que estaba clausurado por reparaciones—, o hacerse socios de nuestra CORPORACIÓN. Yo, para mis adentros, me prometí que no volvería a la costa sin la Hildita, cuyos padres, después del artículo que ponderaba mi buen ojo para descubrir una «veta de oro» —le hice notar a Perico lo apropiada de esta imagen—, me volvieron a abrir de par en par las puertas de su casa.

—¿Me va a acompañar a Cartagena? —le pregunté a la Hildita.

—¿Qué más dijo de mí el cuidador?

—Que parece una madona, —le mentí.

—¡Y usted que me dice que tengo cara de laucha!

—Para hacerla rabiar cuando estamos peleados. ¿Va a acompañarme...?

—Uno de estos sábados. Pero de día no más.

—Aunque sea, mi linda.

La Hildita asistió a la reunión de ese viernes, que juntó tal cantidad de nuevos socios que casi no cabían en nuestra sede. Con el artículo, los socios antiguos parecían haber olvidado tanto su animosidad contra mí, como su desaprobación de la pintura de Larco, y a mi entrada me aplaudieron y me rogaron que hablara. ¡Si pudiéramos conseguir para todas nuestras actividades la publicidad que los diarios le estaban dando al MUSEO, qué distinto sería el prestigio de nuestra CORPORACIÓN.

Dos sábados después organizamos otro paseo a Cartagena. Seleccioné un grupo de los más insistentes, entre los que se contaba la bibliotecaria del INSTITUTO CHILENO-FRANCÉS, y también me llevé a Perico Retamal que al fin y al cabo era mi colega en este asunto. Ya en la micro de ida le estaba dando sus datos personales a la bibliotecaria para que le confeccionara su Carta Astral. Además, nos acompañaron algunos de los socios más venerables, como la señora de don Artemio. Y como la señora Elena Granja, sin ninguna sobrina esta vez. Pero mientras subíamos la pendiente camino del MUSEO se tomó del brazo de la bibliotecaria, anexándosela, al parecer, como sobrina ocasional.

La Hildita y yo nos quedamos un poco atrás. Me permitió que la tomara del brazo porque los cerros, dijo, eran tan empinados. Nos adelantamos al llegar a terreno llano donde Perico, que se desempeñaba como guía porque ya había hecho la visita, se desorientó. Al acercarnos por la callejuela no vi el letrero del MUSEO y no reconocí la casa. ¡Cómo, si habían pintado la fachada color azulino estridente, ese color paquete de vela que llaman, como el color con que antes pintaban las cocinas en el campo porque dicen que espanta las moscas! Me quedé pasmado ante algo tan repugnante y artificial, que nada tenía que ver con los grises y ocres atenuados —¡ahora venía a descubrir el refinamiento de esos colores de Larco que al principio me parecieron tan turbios!— de los cuadros del MUSEO. A mi espalda el grupo de visi-

tantes cuchicheaba. Golpeé violentamente la cristalera, gritando a todo pulmón: «¡Abra...! ¡Abra...!» La Hilda apretó mi mano para calmarme. En Santiago estaba lloviendo, pero en Cartagena el sol resplandecía implacable sobre el azulino de la fachada. El cuidador nos abrió con una sonrisa de oreja a oreja, saludando a la Hildita con un piropo que no me di el trabajo de oír. Ella no le contestó. En el zaguancito el grupo apretado parecía una multitud. El cuidador me invitó en voz baja:

—Venga a ver.

Pedí a los visitantes que por favor fueran a gozar de los cuadros mientras yo despachaba unos asuntos con el cuidador. Pero la mayoría, intrigados, nos siguieron, dispuestos a contemplar antes que nada las maravillas que el cuidador y yo tal vez nos disponíamos a ocultarles. Firmemente tomados del brazo, como si intuyéramos la adversidad, la Hildita y yo cruzamos el siniestro patio lleno de yuyos y cardenales, tan muertos que parecía que ni la Primavera iba a poder resucitarlos. En el dormitorio el anciano se acercó a la puerta que lo separaba de la diminuta cocina. Detrás nuestro se alzó el rumor expectante del grupo cuando el cuidador por fin pulsó la perilla. Abrió: ya no era cocina, era un cuarto de baño, muy modesto, es cierto, pero cuarto de baño al fin. Las paredes eran azulinas. Había olor a cemento porque la obra estaba fresca.

—¿Y esto...? —pregunté.

—Pinté la casa y me hicieron este baño —declaró muy ufano. Y siguió en tono de confidencia: —Me daba vergüenza que toda la gente que con el artículo va a venir para acá sepa que Larco no tenía baño.

—¿Con qué plata lo hizo?

—Con la que usted me trajo.

Le di una patada al tablero de abajo de la puerta. Como era de madera terciada se astilló y en el grupo una mujer dio un grito. Arranqué de un tirón la cadena del water y lancé la perilla de loza al espejo, que se quebró.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ese color asqueroso...! —gritaba yo.

Me abalancé sobre ese ser ignorante, apenas más que un mendigo, que repetía como un loro lo que su patrón había dicho y se proponía disimular con un cuarto de baño la miseria injustificable de ese titán que fue Larco: lo empujé sobre la cama, remeciéndolo. Los hombres del grupo nos separaron. Dejamos al cuidador acezando y pálido sobre la colcha. Salí gritando, con todo el grupo siguiéndome:

—¡Azul asqueroso! ¡...asqueroso...!

Afuera, en la vereda, junto a la puerta del MUSEO, el grupo trató de convencerme de que ese azul no era tan asqueroso como yo decía. En todo caso no era como para agredir y causar escándalo, y un color, al fin y al cabo, no era más que un color y no importaba nada. Entre Perico y la Hildita me tenían agarrado de los brazos mientras yo trataba de encontrarle algún sentido al ultraje de ese azul, de ese baño, gritando que ni la vida de Larco ni su pintura habían sido así. Estábamos apiñados en la vereda porque hacía frío y como suele suceder en la costa, comenzó a nublarse porque sí y el viento comenzó a levantarse, y todos vestidos de gris en la vereda, iguales al día, mirábamos la fachada azulina que rehusaba ponerse gris y entristecerse como nosotros.

XI

El paseo fue un fracaso. A medida que bajábamos los cerros mi cólera se iba apaciguando, sobre todo porque el brazo de la Hildita apoyaba el mío. Le dije al grupo que todo era culpa mía, porque fue prematuro organizar una visita antes que la restauración estuviera completa. En la micro de regreso cuchicheaban, temerosos de haberse metido en una empresa que les quedaba grande..., preferible interesar a Bellas Artes en el asunto. Algunos socios nuevos, resentidos después de su exploración de la sala de exposiciones donde no entendieron absolutamente nada, opinaron que tal vez fuera preferible no pertenecer a nuestro grupo porque en realidad las pinturas de Larco no eran para tanto y con razón ya nadie lo recordaba.

Al otro día Perico no me saludó en el Banco. Supe que les había advertido a mis colegas que no se metieran conmigo porque yo era rabioso y aficionado a los negocios raros..., que yo, en fin, era bastante raro: mi afición desmedida por la pintura —todos habían leído en *Descubrimiento en Cartagena* que yo era un «notable experto», y se sabe que los expertos en cosas raras son, ellos también, raros— era suficiente para certificarlo. Pasaron algunas semanas durante las que quién sabe qué voz se correría entre los socios de la CORPORACIÓN que comenzaron a disminuir su asistencia a nuestros viernes y después se ausentaron totalmente, de modo que la Hildita y yo nos reuníamos solos en nuestra sede una vez por semana esperando que los socios volvieran. Le echábamos llave a la puerta para caer uno en brazos del otro. En la incomodidad de los destripados muebles de oficina y las corrientes de aire y el miedo a que alguien llegara, encontramos por fin una felicidad que jamás habíamos conocido. Cuando le confesé que había dispuesto de la pequeña suma que guardábamos para nuestros muebles de dormitorio, me contestó como en un trance que qué importaba, que todo lo suyo era mío. Desabrochándome la camisa recorrió con la punta de su lengua un poquito áspera toda la longitud de mis clavículas.

—Nuestro nidito de amor—, así se refería la Hildita a la oficina de la CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL.

Hacía semanas que ya nadie aparecía los viernes. Una tarde, cuando pusimos la lámpara del escritorio en el suelo contra un rincón de modo que la luz agigantara teatralmente las sombras de las sillas, y de pie uno en los brazos del otro nos contorsionábamos despeinados y con la ropa hecha una calamidad, alguien golpeó la puerta. La Hilda dio un gritito. Traté de disimular preguntando con voz amenazante:

—¿Qué quiere?

—Soy yo —anunció un conocido trino.

—¿Quién...? —pregunté para ganar tiempo.

—La Eglantina. Abra, pues, Marcos, que me estoy helando aquí en el corredor.

—Ya voy.

—¿Con quién está?

—Con nadie.

—No me venga con cuentos. Oí la voz de una mujer.

Y golpeó con insistencia el vidrio de la puerta donde yo había escrito con cuidadosa letra gótica el nombre de la CORPORACIÓN. Esperó. Después:

—¿Hildita...? —preguntó con la voz melosa que había hecho llorar a tantos radioescuchas de Indoamérica—. ¿Está ahí?

—Sí —contestó la Hilda sin que yo alcanzara a taparle la boca con la mano: tenía la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué está haciendo encerrada sola con Marcos?

—Estamos ordenando los muebles... —respondí y arrastré ruidosamente un sillón, dejando caer un cenicero y volviendo a acarrear cualquier cosa para crear cierta verosimilitud mientras la Hildita se componía la blusa y se ordenaba un poco el pelo.

—No mienta.

—Le juro.

Dejamos pasar unos segundos de silencio, ella esperando que abriéramos, nosotros esperando que se fuera.

—Hilda.

—¿Qué? —murmuró ella, sollozando.

—¿Cómo es posible?

—¿Qué cosa? —pregunté.

—Esto no puede seguir así. —La Eglantina sacudía la puerta. Nosotros, al otro lado, distinguíamos su abundante silueta nadando como un ballenato en el cristal esmerilado—. Es una indecencia. Voy a tener que acusarla a su papá. No quiero tener responsabilidades si pasa algo. Y me indigna, verdaderamente me enfurece, Marcos, que un hombre de su categoría se aproveche para transformar en..., transformar en

prostíbulo nuestro local, que mantenemos a costa de toda clase de sacrificios. Me voy a ver en la triste obligación de acusarlo a los demás socios para que lo destituyan.

El bulto de su figura se consumió en el cristal. Esperamos un rato, mudos, temblorosos, odiándonos. Después, sigilosamente, abrí. Allí, separada de la puerta, nos esperaba la Eglantina con su carota empolvada descompuesta y un paraguas en ristre como el Ángel Exterminador.

—Tenía que verlo para creerlo —murmuró, y dando vuelta la espalda se alejó bamboleándose por el corredor.

XII

Volvimos a la oficina para recoger nuestros abrigos y paraguas y huir a perdernos, no sabíamos dónde. Sonó el teléfono:

—¿Quién habla?

—Larga distancia: Cartagena.

—¡Yo no tengo nada que ver con ese asunto!

—Dígale eso a la persona que llama. Lo comunico, señor...

—Señor... —titubeó una voz femenina distinta al otro extremo de la línea.

—¿En qué puedo servirla?

—Está mal, señor. Van a llevárselo al hospital.

—¿Quién?

—Soy la que le lleva la vianda...

—¿Qué le pasa?

—Me dijo que lo llamara. Usted es don Marcos, ¿no es cierto?

—Marcos Ruiz Gallardo.

—Eso dijo. Que venga antes que se lo lleven, dijo.

—Mejor que se lo lleven si está mal.

—Es que quiere que se lo lleven a una clínica buena, dice. Dice que usted le prometió.

—Yo no le prometí nada.

—...dice que usted es el único caballero que lo entiende. Por eso cuando hizo testamento la semana pasada le dejó la casa y todos los cuadros a usted. Prefiero tirarlos al mar antes que esos rotos de la Municipalidad que no entienden nada se queden con ellos..., eso decía. Ha estado bien loco...

—¿El notario tiene el testamento? Me voy en la primera micro que salga.

Cuando le participé a la Hildita lo que me dijo la señora de la vianda se puso muy nerviosa. Andaba con un poco de plata en la cartera: mejor que me la llevara por si acaso. ¿Y el cuidador..., y los cuadros..., qué pensaba hacer? Y ella, ¿qué iba a hacer si la Eglantina ya hubiera telefoneado a su padre para acusarla?

Tomamos un taxi hasta el paradero de la micro de Cartagena. Que le dijera a don Jorge que nos íbamos a casar en una semana más, le sugerí. Pero, ¿cómo? ¿Con qué? ¿Yo también estaba loco? No, no, yo no estaba loco, era cuestión de liquidar un par de cuadros, de los menos valiosos. ¿No se daba cuenta? Claro, ¡el pobre cuidador! ¡Si me había legado todos los cuadros de Larco entonces no eran locuras nuestras fantasías! ¡Hildita de mi alma! No, no los iba a vender todos ahora.

Para empezar, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA —sentí un salto del corazón al pensar en ese nombre, en ese cuadro, ya, o casi ya, mío—, me tendrían que matar antes de venderlo. La Hildita dijo que ella quería uno con una flor así como caída encima de una mesa, le gustaba porque la flor era rosada, su color favorito. Tuve que correr para tomar la micro que iba saliendo y desde la pisadera alcancé a gritarle que le diera mis saludos a sus papás, que mañana, en cuanto regresara, iría a hablar con ellos. La Hildita se quedó llorando porque no sabía qué iba a pasar.

Era la primera vez que hacía este camino de noche. Pasaban los pueblos archi-conocidos, las tabernas, las casas perdidas en la oscuridad del campo que a esta hora maldita tomaban aire de aparición, como si de ellas fuera a salir el cuidador, horizontal y con los pies por delante. En ese mismo momento podía estar agonizando. Yo no llegaría a recibir sus últimas palabras ni a ofrecerle mi consuelo. Probablemente iba a ser necesario liquidar un par de cuadros rápidamente para financiar su enfermedad y su entierro. ¡En fin...! ¡Pobre viejo...! Un desperdicio pasarse la vida al lado de un genio para solucionar sus necesidades básicas, pero sin acceso a su parte genial, sin entender por qué lo amaron tanto las mujeres y por qué lo envidiaron tanto los hombres. No me proponía vender *todos* los cuadros, claro. Si la Hildita quería la flor rosada, bue-

no, se la regalaría gustoso, como una especie de joya de compromiso muy especial. Dejaría para mí –además de NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA– otro cuadro más, para mi escritorio, porque pensaba tener un escritorio con paredes de madera oscura en la casa que compraría con el dinero ganado en la venta de los cuadros de Larco.

¿Dónde vivía el cuidador?

Jamás se me había ocurrido preguntarlo. Lo mejor era ir donde la vecina de la vianda. Al pasar vi la puerta del MUSEO entreabierta. Por la rendija un gato flaco y negro huyó hacia la calle y se perdió en la oscuridad: un par de ojos dorados se quedaron mirándome. ¿Qué ignorante dejaría la puerta así? ¿No comprendían que con tanta prensa sobre el MUSEO LARCO podían entrar ladrones a desvalijarlo? El mar atronaba allá abajo, en la playa. Al empujar la puerta, se sumó a ese trueno el trueno de mi corazón, alarmado con la idea de que quizás ya no quedara nada, ni siquiera mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Oí ronquidos en el dormitorio.

–¡Viejo sinvergüenza! ¡Durmiendo en esa cama conmemorativa perteneciente al museo!

Avancé unos pasos hasta el dormitorio. Una ampolleta colgando de un hilo echaba su luz extenuada sobre la cama. El cuidador se había tendido entre las sábanas inmundas de pintura azulina, no encima de la colcha, cosa incomprensible si fue un ataque que lo tumbó, la cabeza volcada sobre el almohadón, la pipa caída de su boca andrajosa que aún parecía chupar un poco. ¿Pipa?

La tomé de la sábana para evitar un incendio. Jamás había visto fumar al cuidador. Miré la vitrina: claro, no estaba. ¿Cómo iba a estar, si yo tenía su ascua en mi puño, y su fragancia configuraba un ámbito especial dentro del dormitorio? Otra figura, que era el cuidador y no era el cuidador, en un «déjà vu» de mesas de hule, dameros, botellas, periódicos, guitarras, se desvaneció antes que yo pudiera identificar su cara, y yo, demasiado timorato para reconocer el instante del embrujo, no pude detener esa silueta. Me acerqué al anciano. Tenía olor a vino. La pintura azulina de sus manos estaba fresca.

–Está en las últimas –susurró una voz femenina detrás de mí. Me di vuelta y reconocí a la señora enlutada porque traía una vianda y tenía olor a vino.

–¿Qué podemos hacer?

–El médico fue a buscar una ambulancia para que se lleve a don Felipe y termine sus días tranquilito, bien cuidado en el hospital, el pobre. Con su permiso, voy a ordenar aquí un poco.

Sacudió la colcha y estiró la sábana y le limpió la baba como a un niño, y sacó la bacinica fétida de debajo de la cama y la tiró al escusado. Después guardó la pipa en su sitio en la vitrina y escondió la botella de tinto casi vacía, un gesto de pudor ante esta vergüenza de solitarios que ella conocía.

–Espérese afuerita que voy a barrer.

Pasé a la sala oscura, llena de cuadros de la época de oro que Larco compartió con el anciano que agonizaba en el cuarto de al lado. Permanecí quieto un segundo, atento a las voces de sus cua-
Larco compartió con el anciano que agonizaba en el cuarto de al lado. Permanecí quieto un segundo, atento a las voces de sus cua-
dros, mis cuadros ahora. Primero iba a ser necesario ayudar al cuidador a morir la muerte decente a que aspiraba: si no fuera por su existencia insignificante, al fin y al cabo, yo no conocería a Larco y mi vida sería más pobre. Encendí la luz..., grité: todos los cuadros estaban colgados en los sitios que les correspondían, pero anulados bajo una máscara hermética de pintura azulina, como si la mano manchada del cuidador no hubiera podido soportar que los cuadros lo sobrevivieran y los hubiera desactivado con un manto azul e impenetrable. ¿Con qué derecho...? Derecho sí, porque lo hizo con cosas de su propiedad. ¿Pero por qué la burla, entonces, de legarme esta muda serie de lienzos azulinos? ¡Viejo cruel, egoísta como todos los viejos! ¿Con qué derecho destruía algo que estrictamente no era de su propiedad porque no lo entendía, sino que formaba parte del patrimonio de la cultura nacional, acaso mundial? El arte es una mierda..., una mierda..., una mierda..., era el eco de mi pulso acelerado. ¡Este acto demostraba la verdad de la terrible frasecita! Con el índice toqué la superficie del cuadro más próximo: mierda azulina. Todavía húmeda. Quedé mirándome el dedo sucio para aplazar el momento de la búsqueda. ¿Dónde estaba mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA? No necesité buscar muy lejos para ver que el suyo era el único lugar vacío en esas paredes de locura. ¿Quién lo había robado o escondido, y dónde, y cómo, y qué habían hecho con él? ¿El cuidador lo había destruido, quemado, vendido, tirado al mar desde las rocas del Suspiro al ver que yo me interesaba? ¿O alguno de los socios más sórdidos de la CORPORACIÓN emprendió un viaje subrepticio a Cartagena en medio de la semana para mercarle el cuadro al vejete por una migaja, y volverse con la obra maestra bajo el brazo? ¿Quién..., Perico..., la Eglantina..., la Hildita misma, pensé en un momento de extravío? No. Era más simple pero más brutal: se trataba del ajuste de cuentas final del cuidador –ahora venía a enterarme que se llamaba Felipe–, que en su impotencia no quiso que lo sobrevivieran obras cuya trascendencia envidiaba, mientras él se hundía en la nada sin hacer ni una olita. Años de servicio, tal vez de humillación, sin duda de resentimiento ante la orgía para la que él preparaba la mesa y la cama, pero en que no participaba, sólo barrer y recoger los desperdicios al otro día. Ira. Envidia. Pura saña destructiva para eliminar el paso de Larco por la vida y quedar sólo él, Felipe sin apellido, como el poderoso destructor. No, el arte no era una mierda. Esa frase era sólo un viejo chiste de Larco. Pero la verdad es que existía gente capaz de convertir lo que no entendía en mierda azulina.

No oí llegar la ambulancia. Corrí al dormitorio con la esperanza de que quedara algo de luz en su marasmo y que me diera un indicio, que me explicara su acción. Los camilleros iban sacando al cuidador envuelto en la sábana salpicada de azulino. La señora de las viandas, rezando, se afanaba por cubrirlo. Vi su perfil de cera dibujado en la penumbra, sus ojos cerrados como los de un cadáver. Pero no era cadáver todavía: la cachimba que la vecina había devuelto caritativamente a su boca echaba un humito de placer intermitente. Al pasar junto a mí, abrió sus ojos, inmensos, un segundo. Vi un concho azul, azulino, porque sabía que yo estaba allí para despedirlo. Después los cerró. Le tomé la mano. Pese a su edad ese hombre no estaba listo para partir todavía porque sus ojos, dos puntitos de miedo brillante, conservaban un residuo de placer y de burla.

–Don Felipe... –murmuré, apretándole la mano.

Me contestó con una risita que no contradijo el miedo de sus ojos:

–Quiero preguntarle... –balbuceó.

–Pregúnteme lo que quiera.

–¿Vio mi cuadro en el Bellas Artes?

¿Su cuadro? ¿Suyo en qué sentido? ¡Claro que suyo! Así de simple. *Su* cuadro. ¿De quién si no? Y como adiviné qué era lo que quería oír, le mentí:

–¡Claro que lo vi!

–¿Estaba bien colgado?

Había revivido un poco. Compadecí su arrogancia tan brutal que tuvo que sepultarla durante medio siglo en una callejuela escondida en los cerros de Cartagena. Volví a mentirle gustoso:

–*Muy* bien colgado. Una sala casi entera para usted. En una pared un Matta y nada más. En la del frente, un Larco y nada más. Todo el mundo en la inauguración estaba hablando.

–¡Que aprendan estos hijos de puta! –y al reírse se le cayó la cachimba de la boca y su cabeza se volcó sobre la almohada.

Los camilleros avanzaron con él ante los sollozos de la vecina que alzó su paraguas porque iba a llover. Lo acompañé unos pasos hasta la ambulancia. Lo oí canturrear apenas:

«El arte no vale nada
nada
ni una limonada
nada,
ni una limonada
nada,
ni una limonada...»

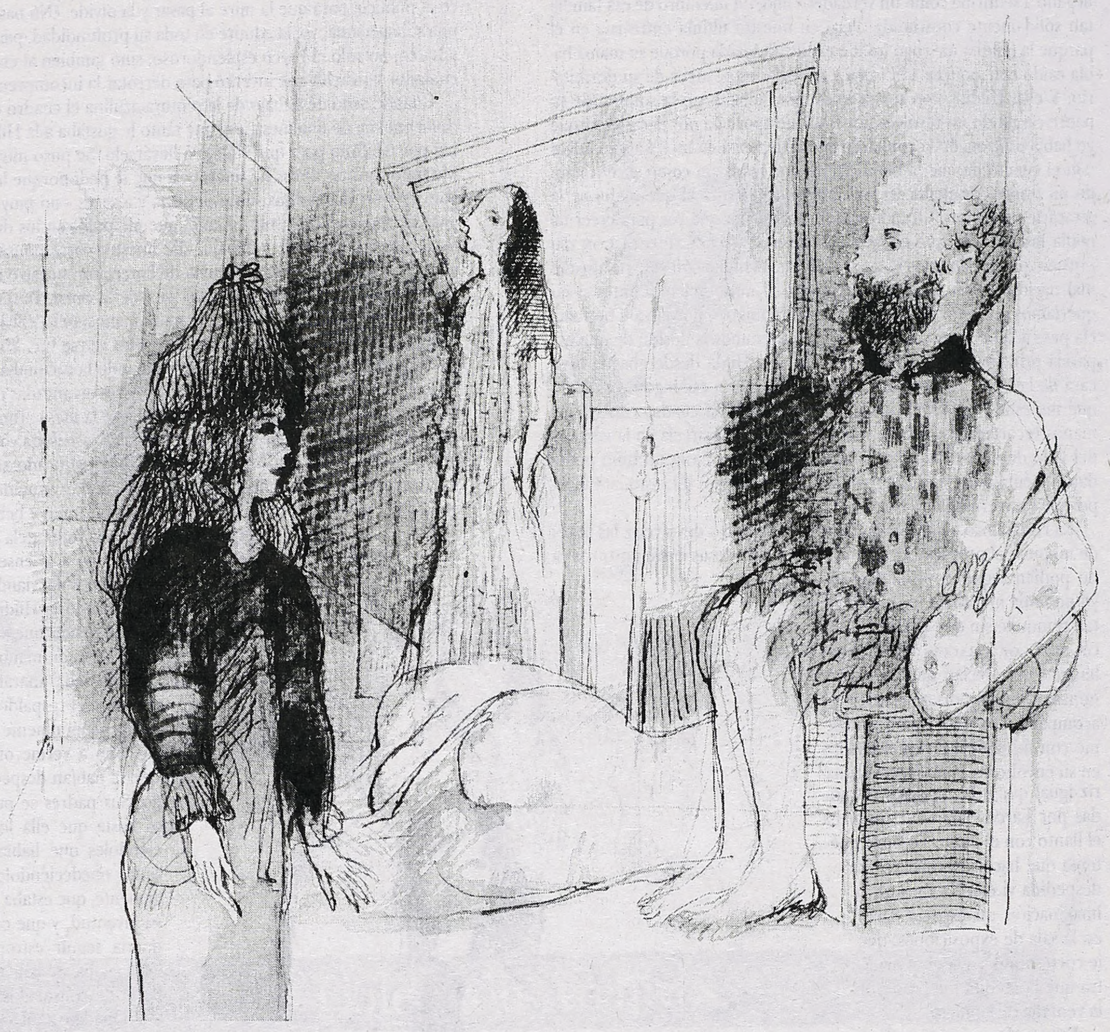
Cuando se fue la ambulancia regresé a la casa para despedirme de la vecina. *Mi* vecina, ahora:

–Voy a irme al hospital para acompañarlo –dije.

–Espere.

Y se metió no en el MUSEO sino en su propia casa. Salió dos minutos después llevando un paquete grande, cuadrado, hecho con papel de diario amarrado con pita. Me lo entregó.

Sobre el diario del envoltorio, una mano temblorosa había escrito en grandes letras azulinas: PARA MARCOS RUIZ GALLARDO Y SU NOVIA. No necesité abrirlo para saber qué contenía. Reconocí las proporciones, y también el peso aunque jamás lo había tomado. Seguí a la señora hasta el interior del MUSEO porque me invitó a deshacer el paquete. Lo deposité sobre el hule de la mesa y lentamente lo fui abriendo: claro..., mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Los rombos y cuadrados grises y pardos y verduscos desordenados como siempre pero con un cambio deslumbrante: en el ángulo derecho, arriba, donde la ventana se abría sobre chimeneas estilizadas, todo había cambiado. Un mundo distinto ocupaba ese espacio ahora. En colores profundos, como de viejas joyas, amatistas, zafiros, granates, una mano diestrísima había pintado un minucioso paisaje de rocas y de mar que reconocí como el Suspiro, y sobre ese paisaje, de medio perfil como en los retratos italianos del Renacimiento, en traje de princesa recamado de pedrería, la Hildita, bella como sólo los ojos de ese hombre la vieron, se volvía hacia mí. Al lado derecho y también de medio perfil y con una gallardía que le hacía honor al apellido de mi madre, estaba yo, de jubón de terciopelo color guinda, vuelto hacia ella. Entrelazábamos nuestros dedos sobre el reborde inferior que imitaba madera, en que se leía: EL CABALLERO MARCOS RUIZ GALLARDO Y SU DAMA, firmado Larco en letras azulinas: la pin-



tura de la firma estaba fresca. Nos bañaba una luz cálida, dorada, la luz de la belleza que bañaba también la mesa de hule, y la habitación, y la casa.

XIII

Hace meses que me siento feliz aquí, en mi casita de Cartagena, paseando, leyendo el diario, dedicado a mi trabajo, frecuentando los bares frente a Playa Chica casi vacíos en las tardes fuera de temporada, para beber una cerveza y jugar al dominó con algún amigo. Larco me legó tanto esta propiedad en que vivo como la alucinante colección de cerca de cien cuadros anulados por pintura azul paquete-de-vela, que el tasador estimó carentes de valor.

Cuando el notario de Cartagena me leyó el testamento sentí que el espectro de Larco por fin me atrapaba. Esta sensación no me produjo temor sino más bien placer. Todo era mío ahora, es cierto, pero a condición de que nada se dispersara, constituyendo el MUSEO LARCO de Cartagena del que yo sería propietario y curador. Como jamás se hizo catálogo del contenido del museo, sólo yo puedo decidir qué hubo y qué no hubo, qué se dispersó o no se dispersó.

Cuando convoqué a los socios de la CORPORACIÓN para participarles la noticia de la muerte y del legado –yo estimé que ese legado nos honraba a todos–, al principio se mostraron un poco recelosos. Pero a media tarde los ánimos comenzaron a encresparse, hasta que los ancianos, tiritones, acezantes y demasiado colorados, se pusieron a apilar sospechas y más sospechas sobre mí, culminando en las más innobles injurias. Me acusaron de querer apropiarme de la herencia y quién sabe de cuánto más, aprovechando el desgraciado vicio etílico del cuidador. No lograban entender que el cuidador y Larco eran la misma persona y dudo que incluso hoy, cuando han tenido seis meses para reflexionar, se den cuenta de cuál era la situación, que ahora por suerte carece de importancia. Me acusaron, por fin, de que para adueñarme indebidamente del tesoro –esta casita, unos muebles en estado calamitoso, la vitrina y su contenido, los cuadros estropeados con pintura azulina, casi todo sin valor, traté de explicarles–, yo había utilizado ilegalmente el prestigio de LA CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL, sin el cual, dijera lo que dijera, yo no hubiera tenido acceso a una persona del rango de Larco, ni a los bienes que ¡miren qué casualidad! vinieron a parar en mis manos. Además, continuó don Artemio en voz baja para no herir las sensibilidades femeninas, todos estaban al tanto de mi falta de delicadeza al utilizar la sede de la CORPORACIÓN para comprometer a cierta dama que prefería no nombrar, que ahora con razón no se atrevía a mostrarse. El leguleyo, hermano de don Artemio, moderno y planchado y con un maletín de ejecutivo de esos que hacen click al cerrarlos, dictaminó que para empezar sería necesario tasarlo todo y dividirlo en tantas partes como socios tuviera la CORPORACIÓN. A mí me tocaría una de esas partes, eso era lo justo, aunque dadas mis conocidas mañas yo seguramente terminaría quedándome con la parte del león. Fue cuando el tasador certificó, a la vuelta de su viaje a Cartagena, que todo era pura mugre y no valía nada, que furiosos me dieron la espalda porque estimaron que los había puesto en ridículo y disolvieron la CORPORACIÓN para evitar responsabilidades. Se olvidaron de mí con la crueldad con que sólo pueden olvidar los ancianos: no puedo negar que esto me entristece porque yo quería a la CORPORACIÓN, y me hubiera gustado verla cubrirse de gloria.

Como no me sentía con resistencia para oír a mis compañeros de trabajo llamarme «Viejito» ni una sola vez más, ni tampoco para escuchar los gritos de trombón desafinado del gerente, presenté mi renuncia por escrito aduciendo problemas de salud y explicando que por eso me había visto obligado a retirarme a Cartagena en busca de clima. Recibí una respuesta impersonal del gerente aceptando mi renuncia pero recordándome mi deuda, y amenazándome que si no pagaba puntualmente él mismo se encargaría de hacerla recaer sobre mi aval, que entonces tendría derecho a perseguirme legalmente hasta los confines de la tierra para hacerme pagar el monto completo, con intereses y todo.

De mis ex-suegros putativos no me despedí. Había tenido la intención de presentarme en su casa con un ramo de flores para manifestar-

les mi agradecimiento por su hospitalidad, tan prolongada que había llegado a sentirme como un verdadero hijo, un miembro de esa familia tan sólidamente constituida. Pero en nuestra última entrevista en el parque la Hildita me rogó no ir a explicarles nada porque su mamá había caído con jaqueca a la cama y ni abría los postigos de su dormitorio. Y ella, Hildita, con sus propios ojos, anoche vio la sombra de su padre cargando un revólver por si yo me aportaba por la casa, porque yo había traicionado la confianza que él depositó en mí. ¡Y ahora salían con el cuento de que la herencia, de que hablaron como si se tratara de un tesoro, resultaba ser un montón de basura al que mejor sería atracarle un fósforo! ¡Cuadros azulinos! ¡Había que ver para creer tamaña lesera! Y lo que era esa famosa NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA que decían que era un retrato de la Hildita con «ese pelafustán mal nacido», sería necesario devolverlo al museo cuanto antes si no queríamos que él mismo avisara a los carabineros, porque allí pertenecía pese a la dedicatoria. ¡Que no nos hiciéramos la ilusión de que esa pareja principesca era nuestro retrato! ¡La Hilda desde guagua tuvo cara de laucha y yo parecía gato empachado con ese bigotito ridículo que me estaba dejando! ¡Juraba que si el maldito cuadro caía en sus manos recortaría ese retrato estilo antiguo que aparecía en la ventana del lado derecho, arriba, para venderlo, porque hasta un niño podía darse cuenta que estaba bien pintado y era valioso! ¡El resto, al fuego, porque todo era una porquería!

La Hilda lloró a mares cuando me acompañó a devolverle las llaves de mi pieza al propietario. Balbuceaba que las cosas entre nosotros ya no podían seguir como antes, ahora que yo no tenía ni trabajo ni futuro. ¡Y yo tan tranquilo sin que ella, ni el Banco, ni la CORPORACIÓN, ni las malas lenguas que decían que yo no era honrado, me importaran nada! Me acompañó a la micro para ayudarme con mi maleta y con el cuadro en su envoltorio, y se le torcía la nariz igual que a las mujeres retratadas por Larco cuando se limpiaba el llanto con el puño. Yo sabía qué tenía que hacer, porque en esa despedida vi con los ojos de la imaginación un espacio vacío en la sala de exposiciones, que le correspondía a la obra maestra que la Hildita me pasó por la ventana de la micro.

No me aburro, aquí en Cartagena. De día trabajo. Lo que hago no es complicado y me deja el pensamiento libre: me siento al sol en cualquier parte donde no estorbe ni llame la atención y con un gangocho sobre las rodillas pongo un cuadro azulino encima: con aguarrás y un trapo, lentamente, con mucho cuidado, desprendo la pintura azulina, intentando no estropear lo que pintó Larco hace tantos años, que se ha endurecido abajo. No es difícil limpiar la superficie. Eso sí, hay que tener paciencia. Si no considero que el Larco que aparece es un Larco de primera —lo cuelgo en la pared a los pies de mi cama y lo someto a la prueba de quedarme observándolo durante días para ver si es o no capaz de avasallar mi mundo y absorberlo—, llamo por teléfono a un coleccionista de Santiago, de ésos que hacen remates de pintura chilena que quién sabe de dónde sacan, y se los vendo. Y sigo limpiando sin vender hasta que se me acaba la plata: compro una tela de la dimensión del cuadro recién limpio, la pinto azulino, la coloco en su marco y la devuelvo a su espacio en la sala de exposiciones. El cuadro limpio, eso sí, lo escondo debajo del catre para sacarlo de noche y dormirme mirándolo. No hay problemas de preguntas indiscretas de parte de los coleccionistas o compradores, a los que les encanta el misterio de los datos exclusivos. Ha ido reapareciendo muy, muy lentamente, poco a poco, lo que Larco creó: cada cuadro limpio es como resucitar un trozo suyo, y con eso niego su arrogancia, ese terror a su propia potencia que lo llevó a esta especie de suicidio azulino.

Me gusta vivir pobremente. Así tengo poca necesidad de vender cuadros. De vez en cuando —a pesar de todo se ha corrido la voz— llega algún aficionado a pedirme que le venda un Larco. Yo me hago el desentendido, asombrándome porque cuadros de Larco hace tiempo que no salen al mercado, y yo tengo uno solo, digo, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA, que no está en venta. Me niego a mostrarlo, y me niego a dejarlos entrar en el MUSEO alegando que está en reparaciones. Así permanecerá por largo tiempo, o por qué no, para siempre.

La verdad es que pienso que no vale la pena mostrarle la obra de Larco al público, para que la mire al pasar y la olvide. ¿No basta con que una sola persona, yo, la admire en toda su profundidad, para resucitar a Larco, no sólo el Larco esplendoroso, sino también al emocionante cuidador borracho que inventó para derrotar la incomprensión?

Cuando salió de debajo de la pintura azulina el cuadro con la rosa caída encima de una mesa, ése que tanto le gustaba a la Hildita, la llamé por teléfono para que viniera a llevárselo. Se puso muy contenta. Me trajo algunos libros de referencia que le pedí porque los necesito para escribir mis notitas sobre pintura, y a veces —no muy a menudo para no mosquearlo— sobre Larco, que me publican los diarios de la tarde y llevan mi firma, y debajo, «De nuestro corresponsal en Cartagena». Hicimos el amor en la cama de Larco, con nuestro retrato vestidos de cortesanos colgando a los pies de la cama. Después, ella se fue para que sus papás no la echaran de menos, pero volvió a las tres semanas y se quedó a pasar la noche, y otra vez se fue. Yo me quedé en Cartagena, con la barba crecida y fumando la cachimba que ahora es mía. Compré un jarro y le puse unas flores arrancadas en una reja del vecindario para instalarlo en el centro de la mesa. También compré un tablero para jugar a las damas. Cuando la Hildita volvió a la semana siguiente no le pregunté cómo había justificado su ausencia nocturna frente a sus padres y ella no me lo contó. Sentado a la mesa yo leía el diario de la tarde que traía un párrafo mío y bebía mi vaso de vino que dejaba una redondela morada en el hule. Le serví vino y le enseñé a jugar damas y compartimos la vianda que me trajo la vecina. Cuando la Hildita volvió a Santiago bajé a la tienda que vende ropa americana de segunda mano y compré un kimono de seda anaranjado, que dejé caer sobre el respaldo de la silla donde ella generalmente se sienta. Cuando vino a verme otra vez me dijo que la habían despedido de su trabajo. Sus padres se pusieron furiosos hasta que ella los calló diciéndoles que había sido una tonta obedeciéndoles tan ciegamente, que estaba perdiendo su juventud, y que como ya no quería seguir estropeando su vida, se iba. Se habían puesto a llorar desconsolados.

—Quédate aquí —le dije.

—Bueno.

Se quitó la blusa y se puso el kimono. Terminamos la botella de vino, jugamos una partida de damas y colgué a los pies de la cama el cuadro con la flor rosada que es de su propiedad. Lo fui reemplazando por otros a medida que avanzaba la noche, guitarras rotas, botellas, las gafas y el periódico de siempre, una manzana, unos guantes, envolviéndonos en la pobreza descartable de su verdad: así, fragmentada, reordenada en la obra de Larco, tiene más fuerza que la realidad cotidiana que la nutre. Y muchísima más que mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. La verdad es que mi apreciación de ese cuadro ha llegado a enfriarse. Como sabemos qué detalle lo estropea —el mensaje de Larco a nosotros, que nada tiene que ver con la pintura misma—, hemos decidido que la Hildita irá a la capital a comprar colores y a su regreso nos ocuparemos en restituir las chimeneas en el lugar que ahora ocupan los príncipes de pacotilla que ya nos dijeron todo lo que nos tenían que decir.

Mientras escribo estas líneas alzo la vista y veo a la Hildita de espalda, su nuca frágil, sus orejas traslúcidas, el kimono deslizándose de su hombro izquierdo, tan lindo como el de la Baronesa Elsa, mientras su mano ociosa juega con un pétalo caído sobre el hule: en momentos así, el torrente de nuestra sangre circula con la fuerza que nos da saber que no somos más que parte de la visión de un artista verdaderamente singular.

Septiembre-Diciembre, 1988



En Diciembre

Videoteca/30 presenta

La Tregua



Un film de Sergio Renán
Con Héctor Alterio - Luis Brandoni
Ana María Picchio y Marilina Ross

Y además:

Esos bichos raros

HOMBRES



Escriben: Appignanesi/Capote/Casas/Chacón/Cohen/Feiling/Saccomanno/Heath/Kupchik/Gandolfo/Natanson/Malharro/Michi/Rial/Rep/Russo/Sarlo/Sasturain/Zeiger

Página/30 La revista que se puede leer, ver, escuchar, rebobinar y volver a leer.



Encuentros cercanos con el ocio y la cultura.

Todos los domingos con Página/12.